

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile.

LEONARDO LEÓN SOLÍS*

CONFLICTOS DE PODER Y GUERRAS
TRIBALES EN ARAUCANÍA Y LAS PAMPAS:
LA BATALLA DE TROMEN (1774)

ABSTRACT

By the end of the eighteenth century the tribal society of Araucanía and the Pampas was shocked by intense acctional wars, which immersed its inhabitants in an environment of violence, depredation and death. The civil warfare, a true counterpart of the raids, and frontier trade that characterised Mapuche society during those years, impregnated their daily life, forcing them to remain a state of constant military alert. Historical evidence allows to refer to three types of conflicts: those derived from mutual accusations of sorcery, those that evolved from the ambitions of their leaders to gain power, and those caused by economic clashes between different social segments. Apparently, the traditional systems of mediator and peace-making developed by the mapuche came to a sudden and costly crisis. Why was there such an epidemic of internal wars events underlied the development of social relationships in Araucanía and the Pampas that obliged to resolve disputes through the use of violence?

In what way did these internal breakdowns influence the evolution of the Spanish-Mapuche frontier both in Chile and the River Plate? In this article, we have centered our attention in the Battle of Tromen, an event hither to ignored by fellow historians, which shows the intensity and complexity that acquired tribal conflicts during the second half of the eighteenth century; fought in the trail of Toqui Ayllapangui's rise to tribal power, it constitutes one of the bloodiest confrontations ever recorded in Mapuche History.

A fines del siglo XVIII, la sociedad tribal de Araucanía y las Pampas fue conmovida por intensas guerras fraccionales, que sumieron a sus habitantes en un ambiente de violencia, depredaciones y muertes; como en la clásica visión de Thomas Hobbes, los mapuche luchaban unos contra otros, los ayallerehues sufrían severas convulsiones y las relaciones entre los butalmapus experimentaban rupturas que, en más de una ocasión, se manifestaron en batallas

* Universidad de Valparaíso/Universidad de Chile.

campales o asaltos a mansalva.¹ La violencia fratricida, una verdadera contrapartida de las malocas y el conchavo fronterizo, impregnaba durante esos años el quehacer cotidiano de los rehues, predisponiendo a los hombres a permanecer en un estado de constante alerta militar que destruía constantemente sus expectativas de paz.² Por cierto que la secuela de guerrillas y enfrentamientos internos redundaban en el recrudescimiento de los asaltos realizados contra las estancias y poblados hispano-criollos, pero el principal impacto de las guerras fraccionales se hacía sentir de modo corrosivo sobre la propia sociedad tribal.³

Los antecedentes documentales revisados permiten referirse a tres tipos específicos de conflictos: aquellos que ocurrían a consecuencia de acusaciones mutuas de hechicerías, los que se derivaban de las ambiciones de los jefes por detentar el poder, y los que se desataban a causa de rivalidades económicas entre diferentes linajes, tribus o butalmapus. Mientras el primer tipo de conflicto tenía una connotación esencialmente ritual, y se resolvía en el plano de las disputas personales y domésticas, los conflictos de poder y los choques intertribales se situaban en el plano de las estructuras y eran, por su extensión y naturaleza, fenómenos 'sociales totales'. En este trabajo nos preocuparemos principalmente de estas últimas formas de conflictos porque las consideramos más relevantes desde un punto de vista social; se ha tenido en cuenta, además, que este tipo de enfrentamientos reflejaron de un modo más particularizado las nuevas connotaciones que adquirieron tanto el ejercicio de la autoridad como las configuraciones territoriales entre los mapuche de la época.

Es difícil precisar los límites de cada tipo de conflicto, en la medida que la lucha por el poder interno rebasaba las esferas de influencia del linaje y se convertía, en tanto que quebraba los equilibrios y consensos locales, en causa de disputas regionales; del mismo modo, las luchas a nivel de agrupaciones provocaban alteraciones en la distribución del poder en cada localidad. Efectivamente, en el complejo flujo que caracterizaba a las relaciones sociales entre los mapuche durante esos años, se observaba una constante interacción

¹ Thomas Hobbes, *The Leviathan*, Londres, 1679.

² Leonardo León, "Guerras tribales y estructura social en la Araucanía, 1760-1780", *Revista de Ciencias Sociales* 39, Valparaíso, 1994, 91-110, incluye un discusión global de este problema durante el período y se analiza la bibliografía más reciente; para el período más temprano, véase Leonardo León, "Mapu, toquis y weichafe durante la Primera Guerra de Arauco, 1547-1560", *Revista de Ciencias Sociales* 41, Valparaíso, 1995.

³ Leonardo León, "La Corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1765-1796", *Revista Nueva Historia* 5, Londres, 1983, 31-67, examina el impacto de las guerras tribales en el desarrollo de la política de los borbones en el cono sur de América.

desde las unidades sociales segmentadas –los linajes– hasta las agrupaciones regionales –butalmapus–, en un proceso de mutua determinación; en ese devenir, los conflictos internos y externos modificaban constantemente las redes de influencias. Mientras las agrupaciones regionales procuraban derrotar a sus enemigos y ganar de ese modo acceso a nuevos territorios, rutas estratégicas o recursos ecológicos escasos, los lonkos, capitanes y ulmenes procuraban conseguir nuevas marcas de prestigio y *status* que reforzaran su autoridad; de otra parte, el ámbito de las rivalidades que producía la competencia por el poder podía estar reducido al contexto de un linaje, pero las búsqueda incesante de aliados obligaba a superar los marcos estrictos de la solidaridad establecida a partir de lazos de parentesco o de comunidad territorial, hasta envolver contingentes cuya adhesión era sustentada por vínculos de naturaleza política o ceremonial. Secuencialmente, los conflictos de poder se manifestaban primero en el seno del linaje, pero pronto conducían a violentos enfrentamientos que tenían lugar a nivel zonal, regional o intertribal; lo importante era que las confrontaciones que generaban las expectativas de poder o de expansión territorial, por pequeñas que fuesen, alteraban el edificio social, modificando los sistemas de mediación y legitimación.

Lo que más caracterizaba a la sociedad tribal de Araucanía y las Pampas era su estado de constante inestabilidad. De modo paralelo a los conflictos de poder y a las luchas tribales, coexistieron innumerables formas de tensión; nos referimos a las disputas domésticas causadas por robos de mujeres, ganados y propiedades, por acusaciones de adulterio y simples asesinatos. La importancia de estas contradicciones no se puede desestimar con facilidad, especialmente si se tiene en cuenta su rápida transformación en empresas de venganza que oponían a varios linajes; lamentablemente, la naturaleza de las fuentes consultadas no permiten examinar estas alteraciones en un adecuado nivel de particularidad. De todos modos, no se desconoce que estas disfuncionalidades menores eran las más de las veces controladas por la comunidad.

Los especialistas que se han dedicado a estudiar la teoría del conflicto en la sociedad tribal coinciden en señalar que, por lo menos, dos elementos estructurales subyacen a su surgimiento: de una parte, la ausencia de una forma de gobierno centralizada que imponga un ordenamiento social supralocal y metaparental de naturaleza señorial o estatal; y de otra, la carencia de medios represivos suficientemente poderosos que permitieran ejercer coerción sobre los sujetos sociales, obligándolos a mantenerse en paz. Así, la guerra social pareciera ser consustancial a las formaciones sociales organizadas por redes de parentesco y que carecen de estratificación jerarquizada. En otras palabras, el conflicto interno pareciera ser el precio que pagaban los mapuche para mantener la autonomía de sus respectivos segmentos sociales, en tanto que limitaba

la acumulación del poder político-militar en manos de los 'hombres grandes' o 'jefes'; en la medida que toda victoria era transitoria y engendraba nuevas alianzas, el prestigio militar también era pasajero. "La riqueza no da poder y el poder no aporta riquezas", el adecuado aforismo acuñado por Maurice Godelier, pareciera encontrar en la sociedad mapuche un significado especial, en la medida que las riquezas eran continuamente destruidas justamente en el ejercicio bélico, fenómeno que exponía al cuerpo social a continuas tensiones y disputas internas.⁴ La guerra era un mecanismo de defensa, pero al mismo tiempo era un instrumento de nivelación social. En este contexto, la "guerra del hombre contra el hombre", descrita por Hobbes, se convertía en un mal generalizado, pero legítimo y necesario. Desde esa perspectiva, el planteamiento de Sahlins de que "el contraste entre tribu y civilización es el contraste entre guerra y paz" es analíticamente limitado, pues, a pesar de su profunda carga destructiva, el enfrentamiento fraticida estaba estructuralmente justificado.⁵

En la medida que las disputas eran intrínsecas al modo de vida de los mapuche, su correlato bélico —la guerra— impedía el desarrollo de la vida social y cercenaba sus posibilidades de crecimiento, expansión y diversificación. Por eso, para contener la paradoja, la institucionalidad tribal apuntaba, precisamente, a la creación de instrumentos de equilibrios que eliminaran el peligro de rompimientos y rupturas internas; así, en el plano de las relaciones sociales, éstas aparecían enmarcadas por principios de reciprocidad que regulaban el flujo de bienes, mientras que en el plano ritual se forjaba una ideología unificadora, que 'hermanizaba' a sujetos que, de otro modo, serían extraños. De esa manera se generaba entre los mapuche la 'sociedad civil' y el 'estado de derecho' que permitía la vida en paz. Al crearse antepasados míticos o instituir reglas y preceptos que prescribían una conducta adecuada socialmente hacia los parientes, la 'gente' y los extranjeros, se construían los paradigmas sociales que contribuían a la integración tribal y a la cohesión social.

Asimismo, la práctica política y diplomática se orientaba hacia la creación de consensos que se materializaban en federaciones de linajes y alianzas militares, que si bien preservaban la autonomía social de cada segmento, al mismo tiempo aseguraban la solidaridad metasanguínea; por medio de la realización de juntas o parlamentos —collaq entre los mapuches— se discutían colectivamente las estrategias a seguir, eliminando el peligro de potenciales rupturas. Globalmente, la institucionalidad tribal procuraba crear las condiciones para la

⁴ Maurice Godelier, *La producción de grandes hombres: Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*, Madrid, 1986.

⁵ Marshall Sahlins, *Tribesmen*, New Jersey, 1976.

paz, en la medida, como señalara Roberts, que "algún grado de orden y regularidad debe ser asegurado, si la vida social de cada comunidad debe prevalecer".⁶ En ese sentido, aquejada estructuralmente por la violencia, la sociedad mapuche orientaba sus instituciones para controlar el conflicto y crear un estado de paz social.

No obstante, la eficiencia de la institucionalidad para la paz creada por los mapuche tenía sus límites, como lo demuestra la proliferación de disputas internas y guerras intertribales que se desataron entre 1700 y 1800 a través de las Pampas y Araucanía. En esa fase, tanto la intensidad de las luchas como la ferocidad de los enfrentamientos, su carácter masivo y sus secuelas destructivas, parecen indicar que los mecanismos tradicionales de resolución de disputas se vieron expuestos a un máximo de tensión, fracasando en más de una ocasión. La sociedad mapuche y el sistema de relaciones intra e interétnicas pasaron, en esos momentos, por su peor crisis. ¿Por qué se registra un recrudecimiento de los conflictos tribales, las disputas por el poder y los pleitos internos, entre los principales segmentos mapuche durante el siglo XVIII? ¿Qué nuevos eventos configuraron el desenvolvimiento de las relaciones sociales entre las tribus de Araucanía y las Pampas, que las forzaban a resolver violentamente sus contradicciones? ¿De qué manera influyeron estos conflictos internos en las relaciones que mantenían los mapuche y sus aliados con los hispanocriollos de Chile, Cuyo y Buenos Aires?

El objetivo de este artículo es avanzar en la búsqueda de respuestas a estas preguntas, centrando la atención en los conflictos de poder y las disputas tribales que sacudieron a la Araucanía a causa del apogeo de Francisco Ayllapangui. Para ello se ha realizado un análisis histórico que centra la atención tanto en la dinámica bélica que gira en torno a las relaciones llanista-pehuenches, como en la reacción política de las autoridades hispanas frente al fortalecimiento de los capitanes militares en el agitado contexto tribal. Se ha procurado, al mismo tiempo, privilegiar una perspectiva epistemológica que sitúe al mundo mapuche como el punto de partida de nuestra investigación.

I. EL NUEVO PACTO POLÍTICO HISPANOARAUCANO

La intensificación de las malocas contras las estancias y villorrios de la frontera del río Biobío, y las innumerables disputas que surgieron entre los linajes mapuches a comienzos de la década de 1770, fueron consecuencias

⁶ Simon Roberts, *Order and Dispute. An Introduction to Legal Anthropology*, London, 1979; respecto a las instituciones supraparentales que contribuyen a la cohesión social, véase George Balandier, *Antropología Política*, Barcelona, 1967, y la compilación realizada por J. R. Llobera, *Antropología Política*, Barcelona, 1979.

directas de la consolidación del toqui Francisco Ayllapangui como el cacique más poderoso de los segmentos tribales llanistas orientales.⁷ A la cabeza de los asentamientos piedmontanos situados en la región de Malleco, Mulchén, Chacaico y Quechereguas, las ambiciones políticas del capitán de guerra creaban una crisis de autoridad, tanto en el seno del mundo tribal como en el ámbito fronterizo, en la medida que sus acciones constituían una amenaza que corroía por igual el poder del liderazgo tribal como la autoridad de los representantes del Rey. Si para todos el nombre de Ayllapangui era en esos momentos sinónimo de guerra y anarquía, su parcialidad de Malleco también era vista como una amenaza contra el equilibrio de fuerzas sobre el cual descansaban el consenso y la paz regional. Por esos motivos, las acciones políticas de los protagonistas de la vida fronteriza comenzaron a encontrar en Ayllapangui un paradigma común: por sobre todo, se trataba de neutralizarlo o destruirlo.

Paradojalmente, la política de apaciguamiento iniciada en 1771-1772 por el gobernador Francisco Javier de Morales, en alianza con el liderazgo tribal encabezado por Curiñamcu, Leviant y Catricura, inhibía cualquier operación militar de parte de los hispano-criollos que permitiera sofocar el fortalecimiento militar de Ayllapangui; de otra parte, el deterioro de las relaciones entre llanistas, huilliches y pehuenches convertía al toqui de Malleco y sus mocetones en un elemento operativo armado que brindaba auxilio y protección a los llanistas que no convenía a estos últimos destruir. En esta situación tan ambigua, la marcha de Ayllapangui hacia mayores instancias de poder tribal parecía inexorable, especialmente si éste sacaba ventajas de las fisuras e intersticios que resquebrajaban las relaciones internas y externas de los mapuches, siguiendo la ruta marcada durante la década del 60 por Agustín Curiñamcu.⁸ En ese caso, y contando con el apoyo de los pehuenches y los maloqueros 'huilliches' de Maquegua liderados por Juan Antivilu, el poder de Ayllapangui sería irresistible, poniendo en severos apuros el nuevo modelo de convivencia diseñado por Morales. Fue en ese contexto que surgió la propuesta del gobernador Agustín de Jáuregui de promover la designación de caciques embajadores de los butalmapus, para que representaran los intereses de los segmentos mapuches en la capital del reino; simultáneo a su rol de representantes, se buscaba que los caciques también actuaran como mediadores en los sangrientos conflictos internos que destruían a los linajes.

⁷ Leonardo León, "Política y poder en la Araucanía: apogeo del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, 1769-1774", *Cuadernos de Historia* 12, Santiago, 1992, 7-67.

⁸ Leonardo León, "El malón de Curiñamcu. El surgimiento de un cacique araucano, 1764-1767", *Revista Proposiciones* 19, Santiago, 1990, 18-43.

Sin inmiscuirse directamente en el complejo sistema de relaciones intratribales, las autoridades españolas buscaban crear instancias de autoridad centralizada que propendieran a la cohesión de los butalmapus y que eliminaran las tensiones y rupturas internas por vía del consenso. Estas funciones de los 'caciques personeros' fueron reconocidas por la propia Corona, como queda de manifiesto en la comunicación que envió el secretario del Consejo de Indias, Julián de Arriaga, a Jáuregui en abril de 1774. Allí, el prestigioso ministro metropolitano manifestaba que había recibido las noticias desde Chile relativas a las "disposiciones pacíficas en que se mantienen los Yndios Fronterizos, y del buen trato que Vuestra Señoría les dispensa proponiendo para logro de tan útil tranquilidad el pensamiento de que residan siempre en esa capital con sus familias dos Principales Caciques, reemplazándolos temporalmente a elección de las Naciones más considerables, para que por este medio puedan representarlos y cortar las diferencias, y daños que ocurran entre ellos o con los españoles inmediatos, sirviendo además los mismos Yndios como rehenes para la seguridad de sus fronteras".⁹ Luego agregaba: "Ha venido el Rey en aprobar a Vuestra Señoría esta idea, y quiere Su Majestad que los gastos que causaren en su subsistencia se paguen del Ramo de Agasajos, y que sean considerados con estimación, buen trato y comodidad para que apetezcan su destino, y tomen amor a la vida civil..."¹⁰

La instalación de los embajadores en Santiago constituyó una verdadera innovación en el proceso de institucionalización de la vida fronteriza que venía tomando forma desde principios de la centuria; más que ningún otro gesto reconciliatorio, ésta fue la mejor expresión de los deseos de la Corona de formalizar las relaciones de intercambio comercial y trato político que se mantenían con los habitantes de Araucanía. El objetivo central de los borbones y sus agentes era la pacificación de los guerreros, condición fundamental para que llegara realmente a su fin el afamado, pero anacrónico y oneroso, Flandes Indiano. Para conseguirlo, se creaba una instancia diplomática que reconocía la autonomía política de los indígenas con respecto del reino de Chile, se fortalecía la autoridad del gobernador en la dirección de los asuntos hispano-mapuche y se intentaba eliminar la marasma de intereses locales que hasta allí influían los contactos entre ambos mundos. Por medio del reconocimiento de sus embajadores, se otorgaba a las tribus el título formal de 'naciones', se reconocía la autoridad y legitimidad de sus líderes naturales y se dejaban en un mismo pie de igualdad las disputas que afectaban tanto las relaciones hispano-indígenas como los conflictos sociales que se desarrollaban entre los linajes

⁹ Aranjuez, 28 de abril de 1774, en Julián de Arriaga a Agustín de Jáuregui, *CG*, 764.

¹⁰ *Ibid.*

por las ambiciones de territorio o poder. Si hasta allí se había pensado que la principal responsabilidad del monarca consistía en proteger las vidas de los estancieros y colonos hispano-criollos, la preocupación que demostraba el gobernante frente a las confrontaciones internas dejaban en evidencia la universalidad de sus objetivos de gobierno. El pragmatismo que identificaba al régimen metropolitano proponía a los mapuches un pacto basado en la 'equidad y justicia'; en ese pacto, el Rey se convertía en monarca tanto de hispano-criollos como de araucanos. Aún más, se favorecía a los indígenas cuando se autorizaba que enviaran representantes directos "a elección de las Naciones más considerables", se les ofrecía buen trato y estimación, se cubrían sus costos de mantención y se prometía educar a sus hijos con fondos del Estado.

Los privilegios y granjerías otorgados a los mapuches eran desconocidos en la sociedad colonial de Chile y constituían una verdadera excepción en el régimen de austeridad fiscal y centralismo que promovían los ministros de Carlos III en el resto de las dependencias coloniales del continente. En perspectiva, lo que se buscaba era la paz de Arauco, pero también se perseguía el desmantelamiento del poder capturado por los criollos en el ejército de la frontera. No importaba si estas medidas, radicalmente innovadoras del conjunto de intereses que hasta allí regulaban las miríadas de relaciones que se forjaban con el mundo tribal, y aparentemente conciliadoras hacia los mapuches, generaban resentimientos u odiosidades entre los beneméritos del reino. Eran las nuevas reglas del juego político establecidas por la metrópoli, que buscaba principalmente restaurar su autoridad en las zonas periféricas de la monarquía.

Los jefes mapuches no desconocieron las ventajas que encerraba la propuesta de los caciques embajadores ni ignoraron las profundas reformas que sufría el régimen fronterizo con su instalación. Tampoco se mantuvieron neutrales a los deseos del gobernador Jáuregui de sancionar el nombramiento de los embajadores indígenas con la celebración de un parlamento extraordinario en la capital del reino, al cual accedieron con prontitud.

Nuevamente se producía un acuerdo que lograba reunir al mundo tribal con la sociedad colonial en la formulación de un proyecto de pacificación que eliminaba los elementos que provocaban tensión entre ambas sociedades. Lo más significativo era la sanción imperial que se daba a la reunión. En esas circunstancias tan propicias, los principales lonkos de la tierra viajaron a Santiago a reunirse con el gobernador y los representantes de la elite local. En medio del pomposo ceremonial con que los españoles rodearon la celebración del parlamento, Jáuregui reiteró la médula de la política hacia los indios independientes iniciada por Morales a comienzos de la década. "Hechas las primeras ceremonias que acostumbran por sus ritos, se les recibió, juramentando a dicho Lengua general de que traduciría fielmente lo que se digne por mí y

respondiesen los yndios... por medio del primero les instruí lo mucho que les importaba la paz, la ninguna necesidad que tenía el Rey de ellos, ni de sus tierras; y que sus soberanas intenciones eran fundadas en pura piedad, bien de sus almas y conservación de sus intereses; y que de no corresponder en fidelidad a su real beneficencia, experimentarían la fuerza de su poder, pues se les había tolerado ya un siglo la inconstancia de sus promesas y la facilidad en que provocaban al uso de las armas inquietando el Reyno, sin motivo ni causa de parte de los Españoles; que se les administraría justicia su fuesen fieles, porque así lo mandaba mi Soberano; pero que si por el contrario continuaban en su obstinación y rebeldía, se les haría sentir el peso de mis esfuerzos...”¹¹

Paz a cambio de mayor autonomía, y autonomía en paz, era el precio que establecía el gobernador para consagrar formalmente el sistema de coexistencia que comenzaba a prevalecer en la frontera. Si el gobernador acusó a los mapuches de ser gente obstinada y rebelde, incapaces de mantener sus promesas y respetar los tratados que suscribían con solemnidad, lo más probable es que asumiera esa actitud para reflejar de algún modo las objeciones que públicamente voceaban los hispano-criollos del reino. Sus verdaderas intenciones, sin embargo, quedaron de manifiesto en el ofrecimiento que hizo a nombre del Rey de tratar a los habitantes de la Araucanía con justicia y ecuanimidad, extendiendo la bondad y protección del monarca a sus vasallos indígenas. El elemento central de esta postura fue la reiteración del discurso metropolitano que proclamaba “la ninguna necesidad que tenía el Rey de ellos, ni de sus tierras...”, en una clara reafirmación de la política no expansionista, que se oponía tan directamente a las aspiraciones de los hacendados y militares del reino. Si el rey no ambicionaba las tierras de los mapuches, tampoco debían ambicionarlas sus vasallos. De ese modo, se ponía fin a los planes neocolonialistas que, disfrazados de conquistas imperiales y cubiertos con el amplio manto de los ‘intereses soberanos del Estado’, que solamente redundaban en nuevas guerras y en el despojo sistemático de las tierras indígenas para el beneficio de los terratenientes, comerciantes y aventureros de Penco. Sin olvidar que el objetivo principal de la reunión de Santiago era la ratificación de los pactos previos, Jáuregui aclaró al liderazgo indígena que el nuevo pacto colonial debía sentarse sobre condiciones impuestas por el monarca. “Que la propuesta que se les había hecho en mi nombre era solamente dirigida a su beneficio, para que jurando nuevamente la obediencia del Rey y ratificando lo pactado en los anteriores parlamentos, tuviésemos una paz perpetua, sólida, sin que jamás se diese ocasión a rompimiento; y que en ese concepto estuviesen atentos a todos y a cada uno de los puntos que se les iba a proponer, para que

¹¹ Jáuregui a Arriaga, 3 de junio de 1774, *MM*, vol. 192, f. 230.

me respondiesen en llano corazón si aceptaban o no lo que se les proponía y enterados espusieron..."¹²

Al día siguiente, los caciques se presentaron ante el gobernador con un discurso que reflejaba un cabal entendimiento de las propuestas imperiales y su visión de las obligaciones y derechos que les concedía la participación en el juego político colonial. En su carta a Arriaga, el gobernador apuntaba que Francisco Taipilabquen habló a nombre de todos los caciques reunidos, "dando primeramente la gracias de que se procurase su comodidad; y que, en lo demás, conocían y confesaban que en todo trataba de su común utilidad y conveniencia; que pedían perdón de sus pasados errores; y que firmemente pensaban ser fieles vasallos del Rey Nuestro Señor, cumplir lo que tenían ofrecido en los parlamentos que les citaba y no dar lugar en tiempo alguno a su Real indignación; pidiéndome lo hiciese así presente a Su Majestad; y en prueba de ello se hincaron y postraron todos ante el retrato de su Real Persona que les puse a la vista..."¹³ Los caciques designados embajadores fueron Pascual Hueñuman (costinos), Francisco Marilevu (llanistas), Francisco Curilemu (arribanos) y Juan Pichunmanque (pehuenches). Al momento de investirlos con su nuevo *status* de representantes diplomáticos, el gobernador reiteró una vez más los objetivos y fines de la política de la Corona hacia los habitantes de Araucanía. "Advirtiéndoles que esta distinción les había de obligar a la mayor fidelidad y a comerciar con los Españoles una verdadera amistad; que el Rey me había enviado para mantenerlos en quietud y hacerles justicia; y que previniesen a sus Naciones que todas sus quejas y pretensiones las dirigiesen por su medio; que yo las atendería siendo justas; y no permitiría que persona alguna les causase el menor daño en sus posesiones y bienes; y que ellos habían también de abstenerse de hacer perjuicios a los nuestros..."

La reiteración de los puntos fundamentales sobre los cuales se formulaba el pacto colonial entre la Corona hispana y los mapuches enfatizaba el carácter de protector que asumía el monarca hacia sus vasallos indígenas, procurando la defensa de sus derechos contra los atropellos de sus vecinos. Asimismo, por sobre las contingencias de la vida cotidiana y la diversidad de intereses que dividían a las tribus, a los linajes y a los grupos de poder, el Rey asumía una posición de mediador, inspirada solamente por la piedad cristiana, el amor a sus vasallos y los intereses globales de la monarquía. Lo importante en relación a las guerras internas era que el propio Rey, a través de sus representantes, se convertía en juez, capacitado para mediar en las disputas o bien castigar con la fuerza de sus armas a los sujetos que alterasen la paz interna. ¿Entendie-

¹² *Ibid.*, f. 230.

¹³ *Ibidem.*

ron los caciques que su aprobación significaba legitimar la intervención del Estado en sus asuntos internos? Indudablemente, como se desprende del acta de la reunión, las consecuencias ulteriores de lo manifestado por Jáuregui fueron opacadas por el llamado que hizo en su discurso para que se pusiera fin a las malocas y depredaciones que aún tenían lugar contra las estancias hispano-criollas. Estas observaciones, formuladas de modo tan explícito por el gobernador, fueron tomadas como acusaciones por los caciques, quienes intentaron "disculparse unos con otros; y atendiendo a que no convenía se diesen recíprocamente motivo de resentimiento, procuré de evitar ese inconveniente, manifestándoles que quedaba satisfecho con lo que me prometían de ser honrados en adelante, y que les perdonara lo pasado; con lo que dieron nuevamente las gracias; y habiendo reiterado sus promesas de ser perpetuamente fieles, repitieron a una vez ¡viva el Rey!, quedando de esta suerte concluido el parlamento".¹⁴

La designación de los embajadores mapuches anunciaba el comienzo de una era de paz y prosperidad en la frontera del Biobío. Como manifestara con optimismo Jáuregui en una comunicación de mediados de julio, parecía que la paz se transformaría finalmente en el principal eje de las relaciones fronterizas. "Noticiosos los Indios Infieles de la Jurisdicción de Valdivia del establecimiento que conseguí de Caciques Embajadores personeros de los Cuatro Butalmapus, desistieron del empeño de asaltar aquella guarnición y plaza, y determinaron pasar las Cordilleras a hacer sus hostilidades en las ciudades de Mendoza, San Juan, San Luis de la Punta, y haciendas adyacentes de la Provincia de Cuyo, y seguir después con el propio destino a la de Buenos Ayres... en la actualidad se mantienen los de esta frontera en quietud y sus Embajadores muy gustosos en esta Capital".¹⁵ Casi de modo inmediato, el reforzamiento de los dispositivos institucionales fortalecía las transacciones pacíficas, con particular beneficio para los habitantes de Concepción, La Laja y de los ayllarehues fronterizos; pero esta pacificación solamente provocaba un reajuste de los frentes bélicos, trasladando el mundo de la violencia hacia el interior y hacia las pampas transandinas. Al abrigo de las disposiciones que creaba la institución de los embajadores, los caciques gobernadores, guilmenes, conchavadores, pastores, labradores y trabajadores estacionales forjaban nuevos caminos para intercambiar sus excedentes y beneficiarse de la 'riqueza' que fluía en el tráfico fronterizo, al tiempo que extendían sus respectivas redes

¹⁴ *Ibid.*; véase Leonardo León, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, Temuco, 1991, 143-188, donde se analiza más en extenso esta institución; de modo adicional, se puede consultar Leonardo León, *El parlamento de Tupihue de 1774*, Ediciones Nutram, Santiago, 1993, *passim*.

¹⁵ Jáuregui a Arriaga, 22 de julio de 1774, AGI, ACh, 189.

de influencia y construían sus propias estructuras de poder, acorralando a los señores de la guerra, que debían recurrir a recursos cada vez más lejanos para reproducir sus anticuados modos de vida. Pero, como ya se ha observado más arriba, las contradicciones que generaba el encuentro de dos sociedades tan distintas no se resolvían con decretos ni acuerdos, menos todavía cuando aquellos que firmaban los tratados eran solamente una fracción de los sujetos que detentaban el poder en Araucanía; tampoco se podía pensar que el fortalecimiento de los mecanismos de paz pasaría inadvertido a los guerreros, que, después de haber protagonizado la exitosa guerra de 1769-1771, aún esperaban el reconocimiento de los demás miembros de la sociedad tribal. Por esta razón, si bien se logró apagar algunos conflictos, otros florecieron con inusitada fuerza.

La historiografía tiende a ver en el quiebre de los compromisos firmados en los parlamentos una prueba de la mala fe con que actuaban los jefes mapuches; los observadores contemporáneos a estos eventos también suscriben esta visión prejuiciada, que en sus casos se combina con los intereses siempre presentes de algunos sectores hispano-criollos de mantener vivo el espectro de la confrontación y de continuar explotando y manipulando el antiguo 'negocio de la guerra' que les daba riquezas y prestigio.¹⁶ Innegablemente, los tratados de 1771, 1772 y 1774 constituían cimientos sólidos para construir sobre ellos la coexistencia fronteriza, en la medida que eran una expresión auténtica de las expectativas políticas, tanto de la monarquía como del liderazgo tribal; pero los intereses del monarca y de los caciques gobernadores no coincidían plenamente con los que alentaban algunos sectores del ejército, de la Iglesia y de los beneméritos locales en el mundo de los blancos, y por los capitanes de guerra en la Araucanía. Por eso, a pesar de su carácter universal, era imposible que los acuerdos del parlamento de Santiago de 1774 reconciliaran todos los intereses al mismo tiempo; era lógico que algunos de los protagonistas de la vida política y militar de la frontera se sintieran excluidos, especialmente si los nuevos dispositivos de paz respondían a una política cuyo objetivo estaba orientado justamente a neutralizar sus acciones militares. Entre estos últimos, el más marginado fue precisamente Francisco Ayllapangui, quien, a la cabeza de las sociedades militares, vio que con la designación de los embajadores lo que se pretendía era mermar la capacidad de los toquis y capitanes para movilizar militarmente a los weichafes (conas). Así bien el nuevo pacto hispano-araucano anunciaba una era de paz, lo que efectivamente

¹⁶ Sergio Villalobos *et al.*, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Santiago, 1983, y *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, 1989, reconstituye en estas dos obras pioneras la marasma de intereses que configuraban el quehacer fronterizo.

produjo fue un rebrote del espectro de la violencia, esta vez bajo la doble forma de la guerra territorial y de la guerra social.

2. EL RESURGIMIENTO DE AYLLAPANGUI

Solamente un mes después de haber sido firmados los acuerdos de Santiago, el comandante Baltasar Gómez escribió al gobernador Jáuregui denunciando los asaltos que llevaban a cabo los conas de Ayllapangui. "Señor: con el motivo de haver acaecido varias novedades en esta plaza, todas producidas de los Yndios Ladrones que continuamente estan inquietando y perturbando a los que procuran vivir en paz y quietud... y considerando que esta Bárbara Nación es jente muy llevada de la vanidad, he procurado suavizarlos en los términos mas suaves que me han sido posibles a fin de no poner a US en mayores cuidados; y siendo el motor de todos estos alborotos el casique de la reducción de Malleco, nombrado Ayllapan, envié a llamarlo con mi Capitan de Amigos, recomendándole a los Yndios Casiques de mi confidencia para que estos lo esforzasen a su salida, y he conseguido venga a esta Plaza el citado Ayllapan a verse comingo dentro de cuatro dias..."¹⁷ Los caciques gobernadores Liguemleu, Cheuqueulemu y Curiñamcu, continuaba Gómez, estaban dispuestos a prestar su apoyo para convencer a Ayllapangui que desistiera de sus acciones militares. El ofrecimiento que hicieron los caciques llanistas de mediar con los guerreros de Malleco obedecía a sus propios deseos de restar fuerzas a las castas militares, pero aprovecharon la oportunidad que se les ofrecía para afianzar el pacto que establecieron con los europeos. En su comunicación, Gómez expresaba a Jáuregui que los caciques deseaban de ese modo manifestar sus agradecimientos por el buen tratamiento que recibían los embajadores en Santiago. Curiñamcu, en una entrevista que sostuvo con Gómez, expresó al Comisario de Naciones "que dijese a U.S. que estuviese con toda confianza; que por parte de él no habría novedad, porque la pertenencia de su Butalmapu es de U.S. y que no puede menos que mantenerlo en paz; para cuyo fin tiene determinado salir en el mes venidero a correr sus Butalmapus, hasta los confines de Maquegua, por donde espero que todas las cosas sosiegan..."¹⁸

La tregua que se logró con el parlamento de Santiago fue solamente un corto respiro en el ambiente inestable y caótico que creaba la violencia intertribal. A pesar de las declaraciones de fidelidad y de respeto a los acuerdos

¹⁷ Gómez a Jáuregui, 22 julio 1774, *AGI, ACh*, 189.

¹⁸ *Ibid.*

que formularon los lonkos, la frontera y los territorios de la Araucanía eran, una vez más, el escenario de la incesante lucha entre aquellos que pretendían consolidar sus posiciones de prestigio al amparo de la coexistencia, y los que persistían en la confrontación militar para ganar acceso a las instancias superiores del poder tribal. Como verdaderos ríos subterráneos, ambas vertientes iban moldeando las relaciones hispano-indígenas, produciendo nuevos realineamientos entre los rehues y reestructurando las alianzas políticas y militares que surgían y se deshacían al vaivén de los acontecimientos. En su campaña por aislar a Ayllapangui y sus guerreros, el Comisario de Naciones envió mensajes "por toda la tierra" a los indios amigos para que no dieran auxilio de armas a los maloqueros. Según las informaciones que llegaban al fuerte de Nacimiento, el líder de las partidas maloqueras contra La Laja y los puestos fronterizos cercanos a Los Angeles era un mestizo llamado Aillib, de sobrenombre Tululca, de la reducción cristianizada de Santa Fe, que contaba con el apoyo del toqui Ayllapangui. Refiriéndose a ese audaz y pintoresco capitanejo, Baltasar Gómez escribió: "Este es un indio ladino de la reducción de Santa Fe, que ha ganado a aquella reducción (Malleco), y desde allí está continuamente yendo a robar a la Ysla de La Laja y a todas estas Plazas cuanto encuentra, como se experimentó el día 14 del presente, que vino de la reducción de Santa Fe con más de veinte indios armados de lanza y coletó y pasaron a hacer un robo de la Villa de La Laja..."¹⁹

Enfrentados al peligro que encerraba la consolidación de la paz fronteriza y al posible enclaustramiento a que se verían expuestos en caso de que los caciques gobernadores triunfaran en sus esfuerzos por neutralizar a las sociedades militares, los maloqueros pusieron en práctica una estrategia de terror, destinada tanto a acumular fuerzas como a mermar la autoridad de los lonkos más comprometidos con el pacto hispano-araucano. Durante una de sus operaciones contra La Laja, los conas capturaron a dos mujeres llanistas, a quienes "preguntaron por el capitán de dicha reducción y otros yndios, y dijeron que luego vendrían por la cabeza de el dicho capitán y de los yndios..." Como en los días del malón de Curiñamcu, los guerreros acudían a las tácticas de amedrentamiento para atemorizar a sus enemigos. Al mismo tiempo, enterados de las gestiones que realizaban Curiñamcu y sus aliados para afianzar sus relaciones con el comandante de Nacimiento, Ayllapangui y sus hombres desarrollaron un plan de acercamiento similar con el Comisario de Naciones. Así, un mes más tarde, los principales caciques gobernadores del butalmapu arribano se reunieron con Miguel Gómez y el lenguaraz Juan Antonio Martínez en Nacimiento. Los arribanos atendieron encabezados por el Cacique Gobernador

¹⁹ *Ibid.*

Xristobal Cheuquelemu, de Regnaico, Francisco Ayllapangui, de Malleco, más 17 caciques y sus respectivos mocetones de los asentamientos ubicados entre Bureo y Quechereguas. Durante la parla, Gómez exigió a los caciques que cumplieran los acuerdos suscritos en Negrete con el gobernador Francisco Xavier de Morales y que habían sido reiterados por los embajadores en Santiago. De acuerdo al acta de la reunión de Nacimiento, “respondieron todos a una que cumplirían lo prometido, pues deseaban dar gusto en todo al Sr. Capitán General, pues no tenían razón para lo contrario, porque desde que pasó dicho Señor a este (reino) les ha hecho crecidos beneficios; además de estar recibiendo continuamente buenos consejos del Comisario de Naciones, del comandante de Nacimiento, y principalmente del Señor Maestre de Campo General que de parte de V.I.S. se les han dado; y que no es otro su deseo, sino cumplir cuanto se les ha ordenado, sujetándose a ello como leales Basallos de Su Majestad...”²⁰ En presencia de todos los caciques que componían el liderazgo arribano, Gómez enumeró las malocas efectuadas por los conas de Ayllapangui y Liguelemu en La Laja, y los responsabilizó del asalto hecho contra una partida de milicianos de Negrete que dejó un soldado muerto y varios heridos. Los maloqueros, acusó Gómez, también tomaron con ellos “una funda, un capingo, tres pistolas, cuatro fusiles, y tres espadas, y un caballo...”

Si bien la cruda acusación que formuló Gómez contra Ayllapangui y Liguelemu rompía las reglas del protocolo fronterizo, el jefe de Malleco tomó ventaja de la ocasión para asumir su *status* de toqui del butalmapu y, en esa condición, habló convertido en el principal vocero de los intereses de su tribu. Enfrentado a las acusaciones de Gómez, manifestó “no ser sabedor de nada, y que los Ladrones que hacían estos daños eran los Yndios que habían (sido) desposeido (de) sus Tierras en la reducción de Bureu, porque con el motivo de haber puesto la Plaza de Puren de esta parte de Biobio, y haberles quitado sus tierras, les había sido preciso desampararlas, y que son estos los que roban y hacen muertes...”²¹ Transformando las acciones depredatorias en una acción legítima, en tanto que respondían a una agresión de los europeos, Ayllapangui consiguió, utilizando al máximo sus habilidades retóricas, negar la participación de sus conas en las malocas, al mismo tiempo que acusó al gobierno español de ser responsable de los desórdenes que se registraban en la frontera. Su astuta defensa de los maloqueros también dejó a los demás caciques gobernadores frente a la opción ya sea de abandonar a su suerte a la

²⁰ “Acta de la parla del 17 de agosto de 1774, Nacimiento”, *AGI, Ach*, 189; una descripción de la parla en Miguel Gómez a Jáuregui, 18 de agosto de 1774, *AGI, Ach*, 257.

²¹ “Acta...”, *op. cit.*

gente de Bureu, que efectivamente habían sido desarraigados de sus territorios con motivo de la construcción del fuerte de San Carlos de Purén, o de sumarse a sus acusaciones contra las autoridades. Teniendo en cuenta que las demandas de los hombres de Bureu eran legítimas y que argumentar contra ellos sería interpretado como traición, los caciques gobernadores se apresuraron a adherirse a las denuncias expresadas por Ayllapangui. Como quedó estampado en el acta de la reunión, "lo mismo dijeron los demás caciques, y todos a una voz me encargan diga al Señor Capitan General que para establecer la paz, y evitar estos perjuicios, se ha de sacar la Plaza de Puren de donde está puesta, y que esto ha de ser en término de dos meses y que esperan la respuesta. También dicen que ha de venir el señor Presidente a celebrar el Parlamento de este lado de Biobio, en el paraje nombrado Coihue, que dista de esta Plaza no más de una Legua, y que este pedimento es de los quatro Butalmapus".²²

La espontánea solidaridad con los habitantes de Bureu que surgió entre los caciques arribanos y llanistas, debido a la astuta maniobra de Ayllapangui, no sólo diluyó las acusaciones que se habían formulado contra los maloqueros, sino que también restituyó en parte el sentido confrontacional del discurso político de los jefes indígenas. El dilema que enfrentaban las autoridades hispano-criollas consistía en insistir en la mala fe de los indígenas y arriesgar una ruptura bélica, o bien conceder en la demanda que hacían los arribanos con respecto al traslado del fuerte de Purén. De seguir el segundo camino, los representantes del Rey serían gratificados con el fruto de la paz. Según el acta, si se concedía en estas peticiones, "se moverá toda la tierra, y todas las gentes que hay de la otra parte de las Cordilleras y que los que no pudiesen venir a caballo vendrían a pie..."²³ Al mismo tiempo, los líderes tribales rehusaban dar por finalizado el proceso de negociaciones, recurriendo al ya conocido mecanismo de la consulta con sus respectivas comunidades para legitimar sus propuestas; al respecto, en el acta se manifestaba: "También piden diga al Señor Presidente de parte de el Cacique Governador don Christoval Cheuquelemu que se le hace preciso haber una junta en su reducción con todos los de su confidencia para tratar sobre la quietud de el Reyno, y hacer saber todo lo que el Señor Presidente les encarga sobre la Paz en nombre de el Rey".²⁴

Hasta dónde un representante metropolitano lograba entender las modalidades que asumía el proceso político en la Araucanía es algo difícil de evaluar, especialmente si entre ellos prevalecía el prejuicio criollo, que describía a los

²² "Acta...", *op. cit.*

²³ "Acta...", *op. cit.*

²⁴ "Acta...", *op. cit.*

mapuches como sujetos veleidosos, llenos de caprichos y bárbaros en su proceder. Pero la petición de Cheuquelemu, vista a través del prisma de las obligaciones que generaba la legitimación de decisiones en una sociedad segmentada, no podía ser más adecuada. Por sobre todo, la colectivización de los acuerdos, fenómeno totalmente desconocido en la sociedad colonial, reflejaba la existencia de una infraestructura institucional basada en el consenso, cuya madurez justamente se manifestaba en este tipo de ejercicios. Indudablemente, más que la comprensión de los paradigmas más profundos que enmarcaban la política tribal, lo que llevaba a los españoles a aceptar las reglas del juego que fijaban los jefes tribales era un sentido pragmático de la realidad. Pero incluso desde esa perspectiva era casi imposible para Jáuregui y sus colaboradores entender cabalmente el planteamiento de los mapuches, quienes, para situar su accionar en el contexto de la reciprocidad que impregnaba sus relaciones sociales, concluyeron su discurso manifestando que Cheuquelemu "para esto necesita de veinte cargas de vino, y veinte vacas para el recibimiento de sus confidentes, que a este mismo pedimento concurrieron los demás caciques..."

Los representantes del Rey solamente se remitían a transmitir las peticiones de los jefes mapuches a sus superiores jerárquicos en Concepción o Santiago, sin intentar entender la naturaleza de las transacciones que les tocaba presidir o realizar con los habitantes de la Araucanía. Su principal preocupación era mantener la paz. Por este motivo, Gómez aprovechó la presencia en la parla de Ayllapangui, Christoval Traipilauquen y del cacique Carigueque para acusarlos de haberse reunido secretamente con el cacique pehuenche Guignir, del paraje de Pilchinamcu, para establecer una alianza destinada a poner en práctica la misma suerte de correrías "que executan con la gente de Buenos Ayres, que estan todos los años rovando y matando Españoles". Ayllapangui respondió que era cierto que se habían reunido con el pehuenche Guignir, pero que su reunión había tenido lugar una vez que la mayoría de los caciques coludidos se había retirado a sus tierras "y que con su llegada había juntado dicho casique Huignir a los Casiques y Mosestones de su reducción y Parlaron únicamente sobre el establecimiento de las Pazes, y la buena unión con los Españoles..."²⁵ Las declaraciones de Ayllapangui fueron corroboradas por Traipilauquen; el cacique Curigueque de Chacaico, también acusado por Gómez de haber participado en la parla con los pehuenches, no atendió el parlamento de Nacimiento, pero envió días después a su werken, el cacique Roquihueque, para decir "que él no pretende ser contrario a sus Españoles..." Si se había discutido algún asunto militar, aseveraron los caciques acusa-

²⁵ "Acta...", *op. cit.*

dos, éste había tenido que ver con las quejas que expresó el cacique pehuenche Guignir por las "malocas que les hacía el cacique Pehuenche Leviant, diciendo que ellos no pretendían dar guerra a dicho Leviant, pero que si proseguía les sería preciso venir a buscarlo; y que le encargasen al Maestre de Campo General, al Comandante de Nacimiento y al Comisario de Naciones, de que por ningún motivo le diesen al referido Leviant el menor auxilio de españoles..."²⁶

La paz con los hispano-criollos y los conflictos internos se entrecruzaban una vez más, dejando de manifiesto la complejidad que adquiriría la política en el mundo fronterizo. En ese sentido, más que la aculturación, lo que importa observar es la imbricada conexión que surgía en esos años entre ambos mundo, configurando eventos de notable peculiaridad. Interesado en defender a Leviant, uno de los caciques más leales a la Corona en aquellos días, el Comisario de Naciones acusó a los llanistas de ser responsables de la desdicha y pobreza de los pehuenches. Para defenderse de estas argumentaciones, los jefes llanistas simplemente reconstruyeron la historia, remontándose al trágico incidente del verano de 1767, cuando los guerreros de Leviant arrasaron con los asentamientos llanistas, mientras los weichafe se encontraban en el sitio de Angol. "A esto respondió el casique Don Christoval Cheuquelemu", observaba el acta, "diciendo de que si (los pehuenches) se hallaban de aquel modo, era el culpante el Maestre de Campo General don Salvador Cabrito, y lo mismo dijo el casique Ayllapan porque cuando la función de los pueblos mandó a los Pehuenches con sus Españoles los viniesen a matancear, y les arriaron todas sus haciendas..."²⁷ Aprovechando el recuerdo de la notable ocasión en que las ambiciones fundacionales desatadas por los jesuitas y el ejército de la frontera llevó a un serio quiebre de las relaciones fronterizas, los jefes llanistas manifestaron una vez más su descontento con el desempeño del antiguo maestre de campo Salvador Cabrito: "y encarga el casique dn. Christoval Cheuquelemu que por ningún motivo lo querían ver en Plaza ninguna y que no viniese nunca, porque ni su nombre querían oír, porque los tenía muy agraviados, diciendo todo esto en compañía de los demas casiques..."

Es probable que este elemento del discurso de Cheuquelemu fuese incorporado para satisfacer las expectativas de Gómez y de las nuevas autoridades, todas abiertamente opuestas al retorno del antiguo maestre de campo, si bien en más de una ocasión fueron sus más cercanos colaboradores. Separado ignominiosamente de su puesto en 1771, encarcelado y desterrado del reino, Cabri-

²⁶ "Acta...", *op. cit.*

²⁷ *Ibid.*

to representaba en esos momentos la esencia de los peores extremos a los que podía llegar el militarismo fronterizo; por esas razones, atacarlo no era ni contraproducente ni audaz; simplemente se le convertía de modo colectivo en un 'cabeza de turco'. Pero su inclusión en el discurso de los arribanos demostraba también refinamiento, en la medida que respaldaban una expectativa política del Comisario de Naciones –ganándose un aliado más–, sin caer en acusaciones disparatadas contra un jefe militar que detentara mando o se encontrara en ejercicio. De ese modo, los jefes llanistas manipulaban los hechos y explotaban los resquicios que crecían entre los españoles y criollos para asegurar, promover y consolidar sus propios intereses.

A pesar de las expresiones de lealtad y de las causas legítimas que arguyeron los jefes llanista para justiciar las malocas de la gente de Bureu, Gómez reiteró en una comunicación al gobernador Jáuregui su convencimiento de que Ayllapangui, Cheuquelemu y Liguilemu eran los principales autores de las correrías pasadas, apuntando que “estos son los que continúan y están combatiendo a la destrucción de estas estancias”.²⁸ Para subrayar el frágil estado en que se encontraba la paz fronteriza, Gómez comunicó al gobernador que, mientras tenía lugar la parla de Nacimiento, dos españoles fueron muertos en el paraje de Huaque, a lo que se sumaba el robo de “ciento y más animales entre caballos, mulas y yeguas... lo que expongo a VS. pues únicamente nos queda esperanza de que esta gente mediante esta parla, que ha sido muy conveniente se superen, y no tomen otra resolución; pues sobre esto estamos trabajando yo y el comandante de esta Plaza a fin de contenerlos porque es una gente muy rebelde, y de estos nacen todas las inquietudes; y solamente esperamos que con la venida de Vseñoría se mejoren las cosas”.²⁹

Con respecto a la petición hecha por los caciques de ser asistidos con vino y animales para celebrar una junta indígena, Gómez opinó que no era conveniente entregarlos, pues sólo redundaban en grandes borracheras donde nada se conseguía. En cuanto a las denuncias realizadas por Cheuquelemu y Ayllapangui contra los pehuenches, el Comisario de Naciones subrayó en su carta que éstos se mantenían fieles a los acuerdos de Negrete y Santiago y que esperaba visitarlos a fines de agosto. Después de la parla con los pehuenches, el Comisario de Naciones planeaba reunirse con Agustín Curiñamcu, “de quien también espero sacar algún fruto, por que en algún modo veo en este cacique algunas cosas favorables”; luego pasaría a visitar las parcialidades costinas, “donde también se ha experimentado mucha enmienda y espero tener buen éxito”. Finalmente, Gómez concluyó su comunicación al gobernador,

²⁸ Miguel Gómez a Jáuregui, 22 de agosto de 1774, *AGI, ACh*, 189.

²⁹ *Ibid.*

expresando que los caciques que atendieron al parlamento de Nacimiento habían solicitado "que para el Parlamento (General) se les había de dar así a ellos como a los capitanejos, chupas y calzones de franjas finas y sombreros de vicuña, también con la misma franja..."³⁰

El cacique pehuenche Huignir, en cuyo asentamiento se reunieron los caciques Ayllapangui, Traipilabquen y Curigueque, se presentó a la plaza de Nacimiento pocos días después de concluida la parla con los caciques arribanos. En una comunicación enviada por Baltasar Gómez al maestro de campo del ejército de la frontera, Baltasar Sematnat, el comandante Gómez manifestaba que Huignir se había presentado para reafirmar que lo tratado en la parla con los arribanos y llanistas no había sido "cosa contraria al Español, que así como el casique Peguenche Quinchaguala, y el casique Caillulemu trataron con los yndios Llanistas el que habían de vivir bien y mantener buenas correspondencias con los españoles, que lo que se agregó en la parla fue dando crecidas quejas de las malocas que les hacía Levian; y que ellos pretendían ver el medio de solicitar de parte de Vseñoría y de el Señor Capitan General el mejor medio para que el dicho Levian se deje de malocas, y que cada uno viva en sus tierras pacíficamente; y lo mismo me envían a encargar los Pehuenches huilliches de la otra parte de la cordillera, como el casique Cachriau, Namcuvilu y Maribilu, y sobre todo me encarga diga a Useñoría que por ningún modo se le auxilie (a Leviant) de Españoles..."³¹

Las acusaciones que se volvían a formular contra Leviant demostraban que las rivalidades en el seno de la tribu pehuenche se profundizaban, incorporando a los segmentos 'huilliches ultramontanos' encabezados por Marivilu. Como había ocurrido en los días previos al parlamento de 1764, los guerreros de la montaña trataban, una vez más, de contener el expansionismo mapuche sobre sus cotos de caza y recolección meridionales, si bien ahora lo hacían contando con el apoyo directo de los españoles; sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió en la década del 60, los pehuenches actuaban bajo el liderazgo de un jefe militar, cuyas proezas durante la guerra de 1769-1771 pocos podían superar; por eso mismo fue significativa la declaración hecha por Huignir, porque este cacique fue uno de los principales capitanejos militares durante la guerra de 1769-1771 y ocupaba un lugar destacado en las juntas de los cuatro butalmapus por el prestigio que le otorgaban sus hazañas bélicas. Por estas razones, la segunda parte de su discurso era aún más importante: "Y me dice el dicho Huignir que si se consigue esto es su intención, así de él como de los demás casiques de su pertenencia, el volver a poblar sus tierras, que es un

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Baltasar Gómez a Baltasar Sematnat, 24 de agosto de 1774, AGI, ACh, 189.

paraje nombrado Lonko (Lolco), tras de la cordillera; y pedir al Señor Capitán General, y a Vseñoría a sus padres misioneros para que vuelvan a poblar y hacer su misión porque no quieren vivir como animales. Todo esto me dice exponga a Vseñoría y que en cuanto mira a ellos no tengo Vseñoría el menor recelo, porque las fuerzas de ellos han sido siempre una con las de los españoles...”³²

Las luchas fraccionales y la competencia de intereses que dividían a Huignir de Leviant en el seno de la tribu pehuenche meridional, surgieron paralelas a las contradicciones internas que prevalecían entre los llanistas de Angol y los arribanos encabezados por Curiñamcu y Ayllapangui, respectivamente. Una vez más el espectro de la guerra intertribal extendía su sombra, teniendo por protagonistas a los lonkos más poderosos de los principales linajes de la Araucanía. Al puesto fronterizo de Nacimiento llegaron noticias de los preparativos que se realizaban en el asentamiento de Ayllapangui para “dar un avance a esta Plaza entrándose por la reducción de Angol, barriendo con toda aquella jente, y venir a matar a todos los Yndios que se hallaban simentados en las cercanías de esta Plaza, pertenecientes al casique don Agustín Curiñanco...”³³ Al tanto de estos rumores y consciente de que la inestabilidad que creaban las disputas entre los cacicazgos “que hay desde la orilla del Bureu hasta los confines de Quechereguas y Chacaico” amenazaba el edificio de la coexistencia fronteriza, el gobernador Jáuregui instruyó a Sematnat que se redoblara la vigilancia sobre los vados del Biobío, que se enviaran patrullas a recorrer los campos aledaños y que se mantuviera bajo estricto cuidado los ganados que pastaban en las estancias de Concepción. A pesar de la reticencia expresada por el Comisario de Naciones con respecto a la distribución de animales, vino y agasajos para la celebración de juntas indígenas, Jáuregui prefirió no innovar en el asunto, disponiendo el pronto envío de los productos solicitados, “para que no haía motivo de queja, y conozcan los Casiques que no se les falta en cosa alguna de lo que se les ofrezca”.³⁴ En la misma comunicación, Jáuregui instruyó al Comisario de Naciones que se mantuvieran a las guarniciones movilizadas y que los hacendados se mantuvieran alertas, para evitar futuras depredaciones de los maloqueros, “despachando oportunamente exploradores y patrullas a los pasos ordinarios de el Biobío para impedir la internación de los Yndios, o lograr su aprehensión”.³⁵

³² *Ibid.*

³³ *Ibidem.*

³⁴ Jáuregui a Miguel Gómez, 6 de septiembre de 1774. *AGI, ACh*, 189. También en *AGI, ACh*, 257.

³⁵ *Ibid.*

A principios de septiembre, los comandantes fronterizos recibieron confirmación de los rumores de la maloca que Ayllapangui planeaba llevar a cabo contra Curiñamcu. Teniendo en cuenta los efectos desastrosos que podía provocar el surgimiento de los arribanos como la fuerza más poderosa de la Araucanía oriental, y considerando los tratados que se habían suscrito con los angolinos, el gobernador Jáuregui envió instrucciones a la frontera para que los comandantes de los fuertes y plazas militares tomaran todas las precauciones necesarias para obstruir las acciones de los maloqueros. Asimismo, ordenaba que se informara a Curiñamcu de los planes de su rival de Malleco, "para que estén prevenidos y puedan libertarse en caso de ser cierta la intención de sus Enemigos".³⁶

En la misma oportunidad, Jáuregui se negó a conceder licencia para que el cacique pehuenche Huignir introdujera ganados hacia sus tierras, alegando que los ganados constituirían parte del bagaje militar indígena y que se trataría el asunto en el parlamento general. Respecto a la resolución tomada por Jáuregui de celebrar el parlamento en Tapihue, a mediados de agosto, se manifestaba que habían sido notificados los caciques Liguelemu de Colque, Traupilabquen de Quechereguas, Curigueque de Chacaico, Cheuquelemu de Renaico y Ayllapangui de Malleco. En su programa de juntas y reuniones con los líderes indígenas, Sematnat reiteró a fines de agosto que celebraría una reunión con los pehuenches "que desde el parlamento de Negrete que hizo el Señor Morales no han faltado a lo que allí prometieron..."³⁷, y anunció que preparaba una junta con Curiñanco y el butalmapu de Angol, "en que me persuado hay alguna fidelidad" para la primera semana de septiembre. El ciclo de juntas concluiría en una reunión con el butalmapu de la costa encabezado por Neculbud, "quienes tampoco han faltado hasta lo presente en cosa alguna de las que en aquel Parlamento prometieron". Como se desprende de un documento depositado en el Archivo de Indias, las autoridades fronterizas celebraron una junta con Curiñamcu y Cheuquelemu el día 10 de septiembre. A esa junta asistieron los caciques gobernadores de Santa Juana, Talcamávida, San Cristóbal, Santa Fe, Colque, Bureu, Mulchén, Renaico, Malleco, Trupahue, Chacaico, Requen, Quechereguas, Pelehue, Minas, Purén, Niminco y Angol; vale decir, los jefes de paz de los principales cacicazgos fronterizos. Lamentablemente, el único dato que tenemos de los acuerdos de esa reunión es la solicitud hecha por llanistas y arribanos para que se les permitiera realizar una junta tribal en Quechereguas.

³⁶ Sematnat a Jáuregui, 6 de septiembre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

³⁷ Sematnat a Jáuregui, 25 de agosto de 1774, *AGI, ACh*, 189.

3. LA BATALLA DE TROMEN

La alianza de Ayllapangui y Huignir, orientada a ejercer control sobre los pasos andinos desde Antuco a Villarrica, dio comienzo a un complejo proceso de redistribución regional del poder tribal. Su efecto más inmediato fue el rompimiento de hostilidades en el seno de la etnia llanista.

El comienzo de las malocas y contramalocas indígenas en la Araucanía y la nueva época de sangrientas confrontaciones —“guerra civil”, como la denominó Carvallo y Goyeneche— fueron motivados por un evento trivial. De acuerdo al cronista, el capitanejo Relbuantu, del asentamiento llanista de Llamuco, luego de ser engañado en una transacción por un cona del asentamiento de Tromen, arrasó con sus guerreros las tierras de Tromen y retornó a Llamuco cargado con un botín de ponchos, instrumentos de hierro y caballos. La venganza no se hizo esperar. El cacique de Tromén, Melliqueupu, convocó a sus mocetones y caciques, y llevó a cabo una contramaloca contra el asentamiento de Relbuantu, “saquearon su casa, quitaron la vida a uno de sus compañeros, le cautivaron dos hijas, tomaron cincuenta vacas de su cacique Llanquinahuel, i dos rediles de ovejas...”³⁸

Relbuantu, que sobrevivió la maloca de Melliqueupu y sus conas, solicitó, junto con Llanquinahuel, la mediación del cacique Curiguillin de Trufruf para pactar, por medio del admapu, el fin del conflicto, pero no se logró conseguir satisfacción entre las partes en disputa. El cacique Llanquinahuel, cuyas propiedades fueron devastadas por los maloqueros de Tromen, buscó entonces apoyo entre los guerreros arribanos encabezados por Ayllapangui, quienes “facilmente adhirieron a su solicitud para tomar plena satisfacción contra sus enemigos”.³⁹

Los hombres de Tromen se enteraron de los planes que realizaban los arribanos a través del suegro de Ayllapangui. De acuerdo a Carvallo, Ayllapangui marchó contra Tromen el 22 de septiembre de 1774 a la cabeza de una extensa alianza de parcialidades arribanas. Pero, debido a la traición de su suegro, allí les esperaba una emboscada. Los detalles del enfrentamiento entre arribanos y llanistas fueron proporcionados por los propios mapuche, por intermedio de los numerosos werkenes que enviaron con noticias de la batalla a los principales puestos fronterizos. En Santa Bárbara se presentaron el capitanejo pehuenche Pichiumanque y el cacique Quedulao, ambos de Quilaco; el 29 de septiembre ambos hicieron una extensa declaración jurada sobre los eventos

³⁸ Carvallo y Goyeneche, “Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile”, *CHCh*, vol. 9, 384.

³⁹ *Ibid.*, 384.

que sacudieron a la sociedad indígena al sur del Biobío. Por ser una versión puramente indígena de la batalla de Tromen, la citamos *in extenso*.

“Que el casique Ayllapan con los Casiques Taupilauquen, Llanquenau, Gamenau, Antenau, Lipairos y Millalipan, habían juntado la parcialidad de Ayllapan, la de Collico, de Colgue, Regnaico, Mulchen, Quilaco, Cule y Chacaico para el desafío, que tenían aplazado el día veinte y dos con los Casiques Antinao, Tranamill y Necumill, de las reducciones de el Tomen, Cholchol, Puracaguen, Boroa, Imperial y la Costa; siendo la estación para juntarse todo el campo de Ayllapan en el paraje nombrado Adencuy, en el que habiendo llegado el día diez y nueve se le incorporaron allí los Peguanches de el Lolco, Guambali y Cura, cuyo número de todo el campo pasaría de dos mil indios; y el día veinte emprendieron su marcha al sitio aplazado que fue el Tomen para el malón. El día veinte y dos a las diez de el día se avistaron el campo de Ayllapan, y uno de los de Antinau con la hacienda de este puesta al otro lado del Río Cautin; y habiendo empezado la Batalla salieron otros dos campos de Antinau que estaban ocultos, y dieron sobre los Llanistas de modo que los hicieron retroceder. Que murieron de parte de Ayllapan, esto es, de los que se saben, unos doscientos y cinquenta Yndios, y entre ellos este capitanejo de Quilaco Quinir, Naupaian, Cayumpan, Huichavi, y Reuquei de los diez que habían ido de aquí, y que estos viendo esto, y la mucha gente de los campos contrarios habían huido, y que se habían venido los cinco restantes, que es lo único que pueden declarar”.⁴⁰

Los guerreros de Tromen, Cholchol e Imperial Alta enviaron cinco werkenes encabezados por el cacique Bartholome Navarrete Guentecura, hijo del Cacique Gobernador de Cholchol al fuerte de Arauco, con el propósito de convocar a los costinos a la guerra contra los “llanistas fronterizos”, e informar a las autoridades militares de los últimos hechos militares. En su declaración jurada, Huentecura manifestó:

“Que el veinte y dos de el pasado, llego a la reducción de Tromen un campo grande lo menos de dos mil Yndios de los Llanos de las reduziones de Angol, Quechereguas, Chacaico, Malleco, Pupayne, Collico, Maquehua (con una parcialidad de Pehuenches de Cule) y otras varias reduziones de los Llanos. Capitaneados todos por los Casiques Llanquenao, Aninau, Ayllapan, Curihueque y otros varios, los que habiendo llegado con su jente a dicha reducción de Tromen arrebataron (a los de esta) todas sus haciendas y pegaron fuego a sus casas, lo qual

⁴⁰ Josef Félix de Aróstegui, comandante del fuerte de Santa Bárbara al Maestre de Campo Baltasar Sematnat, 29 de septiembre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

viendo los de Tromen se juntaron y vinieron con los de Boroa, Cholchol, Puracaguin, Imperial Alta y Repocura, y entraron a la defensa de sus casas y haciendas habiendo logrado derrotar el campo de Llanquena, el que huyó dejando muertos ciento y veinte de los suyos y de los de Tromen solo dos y ocho heridos, aunque sus haciendas lo pagaron, pues con las que comieron y llevaron pasaron de dos mill las ovejas, y otras tantas vacas lo menos, sin otros muchos daños que hicieron al llegar a sus reducciones por no haverlos cojido a estos unidos”.⁴¹

El testimonio de Huentecura es doblemente importante, porque si bien de una parte sumó a las filas de Ayllapangui los mocetones de Angol, Quechereguas y Repocura, de otra, no menciona a Curiñamcu y los demás caciques principales de los llanistas como protagonistas de la maloca. Al comparar los testimonios de Pichiumanque y Quedulao y el de Huentecura, queda claro que las versiones proporcionadas por los dos bandos coinciden en la fecha de la batalla y la cifra aproximada de guerreros movilizados. El número de los muertos, 250 y 120 respectivamente, aparece obviamente exagerado en el testimonio de los llanistas, probablemente para figurar como víctimas ante las autoridades hispano-criollas y evadir de ese modo la responsabilidad que les correspondió en el rompimiento de las hostilidades. Más grave todavía, era necesario justificar la derrota. Carvallo y Goyeneche, comandante en aquellos días de la plaza de Los Angeles, describió la batalla de Tromen con similares detalles:

“Ignorante Llanquinahuel de la perfidia de Ayllapangui cayó sobre la parcialidad de Tomen al amanecer del 22 de Septiembre de 1774. Estos se emboscaron y presentaron a la vista sus ganados para que los mocetones se entretuviesen en el pillaje y también los caciques y capitanes que para robar no se desdeñan de ser mocetones. En efecto, luego que vieron la presa se tiraron a ella como lobos. Cuando los tomenes concibieron que ya sus enemigos tenían fatigados los caballos, salieron del bosque. Su infantería les descargó una lluvia de peladillas para acabarles de desordenar y la caballería dió sobre ellos. Les quitaron la presa que tenían hecha, y les mataron más de doscientos hombres, entre ellos los capitanes Callbugueru, Tecaulemu, Llanquei y Quiniu, sin pérdida que la de treinta personas”.⁴²

La victoria de los guerreros de Tromen fue seguida dos días más tarde por una maloca contra los llanistas de Llamuco, donde “degollaron más de cien

⁴¹ “Declaración jurada del Casique Huentecura, 3 de octubre de 1774”, en carta de Pedro Nolasco del Río a Baltasar Sematnat, 3 de octubre 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁴² Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, 385.

personas i regresaron con la presa de seiscientas ochenta y tres reses de ganado vacuno i caballar i más se siete mil de lana". Dos semanas más tarde, los guerreros de Tromen repitieron sus ataques contra Llamuco, matándoles 400 hombres y tomándoles 1.488 reses de ganado mayor, 5.000 del menor, además de 50 menores de edad cautivos. Sobre estos enfrentamientos, el cacique Canihuante entregó su propia versión cuando se presentó al presidio de Valdivia:

"El Casique don Gabriel Caniuate, vecino de Rucacura, terreno de la Imperial, quien habiendo venido con destino de informar a Su Señoría lo acaecido entre aquellos naturales, sirviendo de interprete los expresados lenguas, dijo y declaró lo siguiente: Que ahora será unos días estando el declarante quieto en sus tierras, sin haber ofendido a ninguno, vinieron a insultarle una partida de Yndios de los Quechereguas y Maquegua, quemando las casas que iban encontrando y arreando los Ganados; de los que le llevaron al declarante ciento cincuenta cabezas, lo que obligó al que declara a convocar a sus Parciales e Inmediatos; los que juntos en las Parcialidades de Boroa, Imperial, Puracaguin, Cholchol, Repocura, Tome, Peaicho, Chille, Rucacura y otras, fueron a dar sobre aquellos malévolos y se encontraron en el paraje nombrado Conoco y formaron batalla en la que mataron más de ciento y cincuenta de sus contrarios; y que después de esto el Cacique Ayllapangue de Malleco empezó a retar al Cacique Maliqueo de Cholchol, haciéndole cargo de aquella matanza, y amenazándole con que le quedaba todavía bastante gente con que vengar la muerte de sus gentes; y que así lo hizo, de lo que resultó que volvieron a matarse otros dos indios y quedaron enemigos desafiados, lo que ha obligado al declarante a venir a dar parte de lo acaecido para que no se asusten los españoles de lo que pasa entre ellos, pues es preciso que se defiendan y castiguen a esos matones perversos como son los de Quechereguas; y que este aviso lo dá también por muestra de lealtad con los españoles y para que se informe al Señor Gobernador de la fidelidad del declarante..."⁴³

Canihuante, al igual que Huentecura, insistió en la participación de los cacicazgos de Quechereguas y Maquegua entre las fuerzas que formaron la partida de Ayllapangui. Sin todavía intentar precisar la participación de los más grandes cacicazgos llanistas, los testimonios de los werkenes dejaban traslucir que, a fines de septiembre, la guerra entre las diferentes tribus llanistas, pehuenches y arribanas era casi total. Por razones de diplomacia y conveniencia militar, los caciques gobernadores enviaban sus mensajeros a las au-

⁴³ "Declaración jurada del Cacique Francisco Caniuate en el presidio de Valdivia, 4 de octubre de 1774". *AGI, ACh*, 189.

toridades militares de la frontera hispana, dando cuenta de esta situación. Baltasar Gómez escribía al respecto al maestro de campo Sematnat: "Participo a Vseñoría como acabo de recibir mensaje del Casique de la reducción de Llamuco, don Pedro Llanquino y Navarrete, y del Casique Gobernador de Tubtub, don Juan de Curiguillin y Cordova, y de los Casiques que pertenecen a esta Frontera como son de la reducción de Chacayco, el Casique Curigueque, y de la reducción de Malleco el Casique Don Francisco Ayllapan, de la reducción de Colgue el Casique don Agustín Liguelemu y de la reducción de Renaico el Casique don Xristobal Cheuquelemu, enviándome a decir diga Vseñoría como se hallan en una sangrienta guerra encontrados todos los quatro Butalmapus, por cuyo motivo no pueden desamparar sus tierras. Y que Vseñoría así se lo escriba al Señor Capitán General, para que esté en la inteligencia de que no salen a parlamento, porque la guerra ha de ser incesante por mas de dos o tres años, y Useñoría le diga al Señor Capitán General, que despachase veinte bocas de fuego..."⁴⁴

Los malones y contramalones ocurrían periódicamente en la Araucanía, pero la batalla de Tromen y los enfrentamientos posteriores escaparon de los patrones más tradicionales de las confrontaciones tribales; en el nuevo conflicto no sólo aparecían envueltas extensas redes de linajes, sino que la violencia adquiría un calibre inusitado. De acuerdo a las informaciones proporcionadas por el capitán de amigos Francisco Córdova, testigo de las campañas de malocas, la guerra "era tan sangrienta que en los primeros encuentros que tuvieron murieron mucha gente, desde las orillas del Biobio que pertenecen a estos butalmapus fronterizos, hasta lo último de Quechereguas..."⁴⁵ El saldo de sangre era enorme y se distribuía por la mayoría de las parcialidades; según Baltasar Gómez, de los pehuenches de Callaque murió el "General nombrado Quinir, con mucha parte de su gente de la reducción de Cule, de Pilguen y Tutulevi, pertenecientes a Indios de Llanos de Caillin, de Malleco, de Chacaico, de Pidenco, de Requen, de Rupagui, de Quechereguas, de Colgue, de Las Minas, de Choquechoque, de Puren el Viejo, y Lumaco esto es lo perteneciente a esta frontera; de las reducciones de adentro pertenecientes a este mismo Butalmapu ha muerto gente de siete reducciones; el número de ellos no se sabe, de la reducción de Rignaico, cuyo campo llevó el Casique Ayllapan, no murió ninguno, por lo que se hallan con él algo disgustados, porque este no murió; y sospechan en él traición y según me parece no dejaron de tener encuentro con él..."⁴⁶ Sobre la muerte del capitanejo pehuenche

⁴⁴ Baltasar Gómez a Baltasar Sematnat, 28 de septiembre 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Baltasar Gómez a Baltasar Sematnat, 28 de septiembre 1774, *AGI, ACh*, 189.

Huignir, que a fines de agosto había expresado sus deseos de asentarse permanentemente en Lolco y aceptar misioneros, el comandante del fuerte de Santa Bárbara expresaba: "he tenido otros informes, de Puren, de Coñuemanque, que acreditan lo mismo, y aquí se ha experimentado en los Yndios que pasan a conchavo el gran sentimiento que tienen todos por la muerte de este Quinir, muy valiente y compañero de Pellon en toda la guerra pasada".⁴⁷

Como manifestaron los caciques llanistas al Comisario de Naciones, la guerra tribal recién comenzaba. Si bien los guerreros de Tromen, Cholchol, Boroa, Repocura e Imperial surgían como el bando victorioso, los "llanistas fronterizos" de Chacaico, Malleco, Quechereguas, Colgue, Puren, Lumaco, Pidenco, Choque-Choque, Las Minas, Requen y Rupague, encabezados por Ayllapangui y Llanquínahuel preparaban su venganza. "Están haciendo llamamiento de gente para seguir la guerra. Los de arriba llaman a la gente Huilliche de la otra parte de la cordillera a favor de Llanquinao; y de Boroa llaman a la gente de la costa hasta sus confines; según me parece por la muchedumbre de gente que tiene este Buatalmapu, les darán mucho que hacer a sus contrarios".⁴⁸ El conflicto envolvía a las grandes agrupaciones tribales llanistas, arribanas, pehuenches y costinas y comenzaba a expandirse hacia las pampas transandinas con el llamado que hacían los "llanistas fronterizos" a sus antiguos aliados huilliches. No obstante, también continuaban las luchas de poder entre los lonkos, verdadero motor de la inestabilidad general, y surgían las primeras disensiones en el campo de Ayllapangui. En este contexto, los caciques llanistas Llanquínahuel y Curiguillin, de los asentamientos de Llamuco y Truftruf respectivamente, enviaron sus werkenes a Ayllapangui y Curigueque, instruyéndoles "que paren con los robos que hacían a los españoles, porque de lo contrario era tener dos enemigos, y que entre ellos se siguiese la guerra hasta vencer o acabarse..."⁴⁹

La demanda que formularon al toqui los aliados de Ayllapangui no dejaba de ser significativa, más si se tiene en cuenta que los guerreros de Malleco participaban en la guerra contra los cacicazgos del sur, precisamente por haber salido en defensa de la gente de Llanquínahuel. Con todo, cada una de estas expresiones solamente dejan en evidencia la fragilidad de las alianzas y la fluidez que adquirían los acontecimientos políticos. No es menos importante el pragmatismo de Llanquínahuel y Curiguillin, que insistían en excluir del conflicto a los hispano-criollos, para impedir que a la guerra interna se agregara

⁴⁷ Josef Félix de Aróstegui, comandante del fuerte de Santa Bárbara al Maestre de Campo Baltasar Sematnat, 29 de septiembre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁴⁸ Baltasar Gómez a Baltasar Sematnat, 28 de septiembre 1774, *AGI, ACh*, 189. También en *AGI, ACh*, 257.

⁴⁹ *Ibid.*

un deterioro militar con el ejército imperial. Curiñamcu, mientras tanto, expresaba al Comisario de Naciones, "no se ha metido en nada, y se halla en esta plaza muy sosegado y con bastante gusto". El mismo Curiñamcu manifestaba a las autoridades fronterizas que no prestaran auxilios militares a los guerreros de Ayllapangui y sus aliados, "porque estos son los que nos tienen destruidos y que aunque los de adentro tienen encargado que paren los robos ahora, para fomentarse han de rovar con maior fuerza..."⁵⁰ A pesar de la declaración de neutralidad de Curiñamcu, el cacique Caniuante de Rucacura, partidario de los guerreros de Imperial, Boroa, Cholchol y Repocura, manifestó en su declaración hecha ante las autoridades de Valdivia, que el cacique de Angol estaba envuelto en las nuevas hostilidades. "Declara que cogieron dos Prisioneros a quienes les tomaron declaración y dijeron que por instrucción y orden de Curiñamcu hacían estos avances, y que también robaron los Ganados de los Españoles en el Nacimiento y esta banda de Ytata, y a cuantos españoles encontraban les quitaban la vida, porque el dicho Curiñamcu hace a dos ases, y que esto es la verdad de todo lo acaecido..."⁵¹

Observadas desde fuera, era difícil comprender las innumerables determinaciones que impregnaban el extenso y complejo abanico que en esos momentos configuraba la política tribal. La fluidez de las conexiones entre los linajes solamente era comparable a las continuas transformaciones que afectaban a los sistemas federados; las alianzas determinadas por intereses de larga duración eran reemplazadas por ofrecimientos coyunturales, mientras que los vínculos de solidaridad que nacían al abrigo de una amenaza común eran súbitamente desplazados por antiguos odios y rivalidades ancestrales que refloraban bajo el estímulo de inesperadas aprensiones y demostraciones de deslealtad. No obstante, la cotidianidad de los conflictos era determinada no sólo por asuntos triviales, sino también por contradicciones de larga duración; de éstas, una que influía el curso de las alianzas y que canalizaba descontentos era la ambición, siempre presente entre los lonkos de los principales linajes llanistas, de ganar acceso y controlar de modo exclusivo a los maloqueros que anualmente emprendían su marcha hacia las estancias del oriente, a través de pasos andinos. Probablemente, a causa de estas ambiciones, uno de los ataques más feroces fue realizado contra el otrora poderoso asentamiento de Maquegua, encabezado por el temido cacique Juan Antivilu. Según las informaciones que entregaron los capitanes de amigos, el asentamiento fue reducido a cenizas por los guerreros de Imperial y Cholchol, quienes, además, dieron muerte a Francisco Marivilu, hijo de Antivilu. Como señalara con ironía el Comisario

⁵⁰ *Ibidem.*

⁵¹ "Declaración jurada del Cacique Gabriel Caniuante en el presidio de Valdivia, 4 de octubre de 1774", *AGI, ACh*, 189.

de Naciones: "Todo este alboroto ha sido por un caballo, un freno y una yegua que le robaron a la gente de Llanquino".⁵² Convertido en mediador durante el malón de Curiñamcu y luego transformado en uno de los gestores de la paz de 1772, Antivilu gozaba de suficiente prestigio entre los hispano-criollos como para que éstos sintieran su muerte, pero su verdadero poder descansaba en la formidable alianza que logró establecer con los 'huilliches' que incursionaban desde la Araucanía hacia Neuquén, Limay y Río Negro, y desde allí hacia las estancias de Cuyo, San Luis o Buenos Aires; a la cabeza de una red de linajes encabezados por Marivilu, Nancuvilu y Curiguillín, pocos acontecimientos tenían lugar en la región oriental de la Araucanía que no fueran conocidos por el jefe de Maquegua. Su desaparición marcaba el fin de una época.

La muerte de Antivilu y Marivilu modificaba sustancialmente el mapa de poder regional, en la medida que la destrucción del rehue de Maquegua significó la extinción de una de las articulaciones más importantes de la Araucanía, verdadero 'nudo' de maloqueros y conchavadores. La posición de influencia y autoridad detentada por los maqueguanos despertaba expectativas que otros pretenderían llenar. Justamente, alegando que las confrontaciones tribales eran causadas por la injerencia de 'criollos', el werken Huentecura de Cholchol y Tromen solicitó durante la entrevista que sostuvo con el comandante del fuerte de Arauco, Pedro Nolasco, que se "mande sacar de Maquehua a este Romero, y lo pierdan de este reyno por ser el principal instrumento de estas averías alentando a sus parciales a estas malocas..."⁵³

Paradójicamente, en los mismos días en que ocurría una de las confrontaciones intertribales más sangrientas de la centuria, el gobierno metropolitano aprobaba la gestión realizada por Jáuregui en los meses pasados relativa al nombramiento de los embajadores y el empleo de medios pacíficos para incorporar a los mapuche a la monarquía. Si bien se insistía desde Madrid que las reuniones fronterizas no se celebraran bajo ningún pretexto en las 'tierras de los indios', para evitar que se pensara que la monarquía concedía alguna forma de soberanía a los habitantes de la Araucanía, la real cédula de octubre de 1774 recomendaba que el parlamento fuera convocado sin demora "por no dar motivo a los Yndios a que entren en sospecha".⁵⁴

Las múltiples ramificaciones sociales y étnicas que adquiría la guerra tribal entorpecían el desenvolvimiento de las relaciones cotidianas, obstaculizaban la gestión pacificadora del gobernador y amenazaban seriamente con

⁵² Baltasar Gómez a Baltasar Sematnat, 28 de septiembre 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁵³ Pedro Nolasco del Río a Sematnat, 3 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁵⁴ Real Cédula, San Idelfonso, 2 de octubre de 1774, *CG*, 764.

convertirse en un conflicto total, en el cual los propios españoles y las tribus neutrales tendrían que tomar posiciones. Pero corresponde preguntarse: ¿cuál era la verdadera magnitud de las confrontaciones? Al tanto de los numerosos rumores y la información falsa y exagerada con que constantemente inundaban los pagos fronterizos los capitanes de amigos, conchavadores y los propios comandantes de los fuertes, el gobernador Jáuregui ordenó que se tomaran declaraciones juradas a los oficiales que llegaban a la frontera con noticias desde el interior. El objetivo de este ejercicio fue doble; de una parte, establecer las dimensiones de los conflictos y, de otra, inquirir sobre las posibilidades de realizar un parlamento general. También se buscaba clarificar el rol que podían estar jugando blancos y mestizos en el desarrollo de actividades conspirativas destinadas a crear desorden y perpetuar el estado de anarquía. Uno de los sujetos investigados fue el capitán de amigos Francisco de Córdova, quien respondió al cuestionario como sigue:

“Primera. ¿Si en estos pasados días trajo algunos mensajes de Yndios al Comandante de esta Plaza don Baltasar Gómez, que mensajes fueron y de parte de que Casiques?; respondió que si había traído mensajes en los días pasados de los Casiques de los Llanos Llanquino y Cheuquelemu; que el mensaje fue sobre la guerra que tenían y de la maloca que los indios de las reducciones de Quechereguas, Puren el Viejo, Llamuco, Tuhtub, Maquegua, Pehuenches de Puelchenanco, Cule y Callaqui, habían dado a los de Tomen, Cholchol, Boroa, Ymperial y Costa, en la que murieron muchos de las primeras parcialidades, y que se hallaban con las armas en las manos suscitada la guerra por el Casique Llanquenao por haberle rovado a este y su xente, los de Tomen y Cholchol cincuenta vacas, dos tropillas de ovejas.=

Segunda. ¿Si él había presenciado dicha maloca?: respondió que si.=

Tercera. ¿Si sabía por los mismo Yndios que la guerra executada entre ellos podría durar dos o tres años, como lo participó dicho Comandante?: respondió que el Casique Llanquenao le dijo que la guerra había de durar dos o tres años, por haver perdido muchas cabezas, que solo Dios lo podra remediar y se havia de seguir hasta morir o vencer.=

Quarta. ¿Si cuando le encargaron los Casiques los Mensajes le hablaron algo acerca del Parlamento?: dijo que sí, (que) le habían dicho que respecto a hallarse en dicha guerra le dijese al Comandante del Nacimiento avisase al Señor Capitán General (que) no podían salir por dos o tres años, por no dejar abandonadas sus tierras ni casas.=

Quinta. ¿Si cuando fue enviado por el Comisario de Naciones a la reducción de Tuhtub supo o adquirió de nuevo otras noticias acerca de la guerra de los Yndios, y asimismo sobre su deliberación acerca de salir a Parlamento?: respondió que no más que las lleva referidas.=

Sexta. ¿Si antes de haber venido a esta plaza a dar el mensaje al comandante había hablado con otro, y contado lo que había oído y visto en la tierra, y delante de quien dió el mensaje al Comandante?: respondió que en el camino había hallado al Capitán de Amigos Salamanca, al que contó lo que lleva dicho, y que cuando habló al Comandante se hallava delante el Alférez de la Plaza.=

Septima. ¿Si más de lo que lleva declarado, por haverlo presenciado y oído a los mismo Yndios, oyó otra alguna noticia relativa a lo que lleva referido, y a qué personas?: respondió que no oyó más que lo dicho...⁵⁵

Las respuestas al interrogatorio proporcionadas por Córdova fueron corroboradas por el capitán de amigos Manuel de Salamanca; asentado en Malleco, el testimonio de Salamanca era de un innegable valor logístico para las autoridades fronterizas, en tanto que sus palabras podían dar mejor noticia de las intenciones de Ayllapangui. En su declaración, Salamanca apuntó:

"Primeramente. ¿Si había hablado con Francisco Cordova quando vino dela Tierra los días pasados?: respondió que si le había hablado.=

Segunda pregunta. ¿Si le había contado algo de la Tierra?: (respondió) que sí le había dicho como habiéndolo despachado el Comisario de Naciones don Miguel Gomez con tiempo de diez dias a la Tierra a saver novedades, y si había maloca entre los Yndios; se había detenido mas tiempo porque el Casique Llanqueno lo había hecho esperar a saber del fin de ella, y le contó que los Yndios de Malleco habían estado haciendo Mensajes a los de Tomen para componerse; y que habiéndose cansado por no haberse querido componer, estos habían tomado las armas los Quechereguanos, Puren el Viejo, Llamuco, Tuhtub, Maquehua, Peguenches de Puelcheñanco, Cule y Callaquin, a favor de los de Llamuco, y de los de el Tomen las parcialidades de Cholchol, Boroa, Imperial y Costa; se habían dado una fuerte maloca; que de las primeras reducciones habían muerto muchos y que quedaban con las armas en las manos; que los Casiques Llanqueno, Aillapan, Cheuquelemu, y los demás de los Llanos le habían dicho dijese al Comandante de el Nacimiento (que) avisase al Señor Capitan General y Maestre de Campo en el estado en se hallaban que les despachase veinte bocas de fuego, que no podían salir al Parlamento en dos o tres años, que los mismos había de durar la guerra hasta acabarse o vencer."⁵⁶

⁵⁵ "Declaración jurada hecha por el capitán de amigos Francisco de Córdova al capitán Domingo Alvarez Ramírez, Sargento Mayor Interino del Reyno, 20 de octubre de 1774", *AGI, ACh*, 189.

⁵⁶ "Declaración jurada hecha por el capitán de amigos Manuel de Salamanca al capitán Domingo Alvarez Ramírez, Sargento Mayor Interino del Reyno, 20 de octubre de 1774", *AGI, ACh*, 189.

La información que entregaron los capitanes de amigos, sumada a las declaraciones juradas de los werkenes mapuche y pehuenche, era bastante clara con respecto a la magnitud y ferocidad de la guerra intertribal. Esta información fue confirmada por los detallados informes que remitieron a la capital los comandantes fronterizos, a través de los cuales se dejaba ver la alarma que producía el quiebre de la paz interna por sus temibles consecuencias en la preservación de la paz fronteriza. En uno de estos informes enviados a Jáuregui, el sargento mayor Alvarez Ramírez manifestaba: "No he podido descubrir la menor razón de duda acerca de la Guerra que entre sí tienen las parcialidades que se expresan en las informaciones y se conceptúan bastantemente fundadas la especie de su duración por dos o tres años atento a el Admapu o costumbre de estos Yndios en semejantes lanzes. Por lo que respecta a su ánimo de salir o no a Parlamento, si se atiende a su genio excitado y enconado con sus diferencias intestinas y resultados de la maloca, no dudo que cualquiera de las partes recelaría que la contraria espere el lance de su salida al Parlamento para que desamparadas sus Casas puedan cargar con sus familias y haciendas; y esta reflexión que ellos suelen ponderar con mucha viveza los contenga y desanime a la salida; esto mismo he oído sentir uniformemente a los prácticos en su jenio y costumbres..."⁵⁷

Según se desprende de los *Cuadros I y II*, el conflicto entre llanistas, pehuenches y arribanos incorporaba a los poderosos cacicazgos fronterizos de Angol y Maquegua, y amenazaba con envolver a los costinos de Neculbud y los 'feroces' pehuenches de Leviant. Los cálculos más moderados pronosticaban hostilidades de dos o más años de duración, mientras se temía por las ramificaciones étnicas o geográficas. La guerra desatada por Ayllapangui contra la gente de Cholchol y Trufruf parecía ser total. Con todo, el primer saldo después de la batalla de Tromen había sido negativo para los guerreros arribanos, y comenzaban a aparecer las primeras grietas que eventualmente quebrarían su poderosa federación militar.

4. LA CONVOCATORIA DEL PARLAMENTO GENERAL

Mientras los cacicazgos encabezados por Ayllapangui continuaban preparándose para vengar la derrota de Tromen, y los cholcholinos y los boroganos enviaban sus werkenes a los linajes que se mantenían neutrales para que se sumaran a su lado, las autoridades españolas optaron por consolidar el sistema de relaciones pacíficas hispano-indígenas, convocando a un parlamento general. La reacción de los hispano-criollos reflejaba una visión ponderada de los

⁵⁷ Domingo Alvarez Ramírez al gobernador Jáuregui, 22 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

CUADRO I

JEFES Y PARCIALIDADES DE LA GUERRA DE 1774

Llanista orientales o arribanos		Llanistas meridionales	
Jefe	Asentamiento	Jefe	Asentamiento
Francisco Ayllapangui	Malleco	Melliqueupu	Tromen
Huignir	Quilaco	Antinao	Tromen
Traupilabquen		Tranamilla	Cholchol
Llanquinahuel	Llamuco	Neculmilla	Boroa
Juan Curiguillin y Córdova	Tubtub	Maliqueo	Chochol
Curigueque	Chacaico		
Agustín Liguelemu	Colgue		
Agustín Cheuquelemu	Renaico		
Antivilu y Marivilu	Maquehua	Caniuante	Rucacura
Aninau (Gamenau?)			
Lipairos y Millalipan			
Naupaíam y Cayumpan (capitanejos)			
Huichavi y Reuquei (capitanejos)			
Pichiumanque (werken)	Quilaco	Huentecura (werken)	
Qedulao	Quilaco	Fco. Neculbud	Costino

conflictos intestinos que afectaban a los butalmapus, perfilando con nitidez que el instrumento más adecuado que tenían los representantes de la Corona para arbitrar en tan sangrientas disputas era el llamamiento a un congreso tribal. Más que intentar el desarrollo de una alianza militar que pusiera fin a las ambiciones políticas de los arribanos, los españoles buscaron una vez más el útil camino de la diplomacia. Esta estrategia, como se verá más tarde, era quizás la más fructífera, en la medida que surgía en el contexto de las intensas relaciones fronterizas que inauguró la paz de 1771. No menos importante era concebir las guerras tribales como eventos aislados, cuyas repercusiones podían ser aplacadas o contenidas por intermedio del quehacer político. Como manifestara el mismo gobernador Jáuregui en una comunicación de comienzos de octubre al maestro de campo, las guerras tribales no alteraban "la paz establecida con los indios, pero como en tales circunstancias es preciso velar sobre los movimientos, y mantenerse con cautela y cuidado, aunque se dé a entender que no haya el más mínimo rezel o desconfianza, se hacen indispensables estas advertencias... para contener cualquier incursión, y cortar todo principio de rebelión o inquietud con los nuestros..."⁵⁸

⁵⁸ Jáuregui a Sematnat, 10 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

CUADRO II

CACICAZGOS PROTAGONISTAS EN LOS ENFRENTAMIENTOS, 1774

LLANISTAS ARRIBANOS <-----> LLANISTAS MERIDIONALES

Malleco
Collico
Colgue
Renaico
Mulchén
Cule
Chacaico
Llamuco

Tromen
Cholchol
Puracaguin
Boroa
Imperial Alta
Repocura
Peaicho
Chille
Rucacura

LLANISTAS FRONTERIZOS

Tubtub
Angol
Quechereguas
Purén El Viejo
Maquegua
Pupayne

PEHUENCHES

Quilaco
Cule
Callaqui
Lolco
Guambali
Cura
Puelcheñancu

COSTINOS

(Parcialidades no
especificadas en
la documentación)

La congregación del liderazgo tribal bajo la égida del gobernador del reino permitía a este último retomar la iniciativa política a través de una reinvigoración de las instituciones que hacían posible la paz; aparentemente, las autoridades coloniales ignoraban intencionadamente los eventos sangrientos que sacudían a la Araucanía, volcando su atención hacia los linajes que permanecían neutrales o que no participaban directamente en la guerra de poder desatada por Ayllapangui. Por sobre todo, al igual que en los meses previos de la junta de Santiago, lo que se buscaba era aislar a las castas militares, provocando una escisión entre éstas y el resto de la comunidad. Con este objeto, el

Comisario de Naciones se reunió con los costinos o lavquenches para negociar la realización del próximo parlamento general. La reunión preparatoria tuvo lugar en el fuerte de Arauco con el cacique gobernador Francisco Neculbud y "todos los Casiques de su Aillaregue y la maior parte de los mosetones de que se compone dicho su aillaregue".⁵⁹ En presencia del comandante de la plaza Pedro Nolasco del Río, y por medio del Lengua General y los capitanes de amigos, el Comisario de Naciones hizo saber a los lavquenches las instrucciones del gobernador Jáuregui de que se mantuvieran "en el sosiego, y fidelidad que demuestran hasta aquí".

El liderazgo lavquenche septentrional, que hasta se mantenía al margen de las disputas tribales entre llanistas, arribanos y pehuenches, respondió a los requerimientos del Comisario de Naciones por medio del cacique gobernador Neculbud. "Que agradecian", apuntó Neculbud, "con las maiores demostraciones los buenos consejos que del Señor Capitán General habían recibido en esta parla; y que como fieles vasallos de el Rey estaban prompts a cumplir sus mandatos de todo lo que ofrecieron en el Parlamento General de Negrete, como desde entonces hasta lo presente lo han hecho viviendo sosegados, que es solo a lo que anhelan y aprovechando los buenos consejos que les ha dado el Señor Maestre de Campo General, y que continuamente reciben de su comandante, a quienes desean no faltar en nada; mayormente viendo que de la sublevación pasada solo les han quedado miserias para no consentir en malos consejos como los que entonces les dieron los Llanistas; y que en prueba de que solo deseaban cumplir lo que se expresa en este capitulo juraban, como Juraron, por Dios Nuestro Señor y a una señal de Cruz, haciendo las mayores demostraciones de reverencias, cumplir y ser fieles vasallos del Rey Nuestro Señor, obedeciendo todo y cuanto se les mande en su servicio, y viviendo como Xristianos para cuyo efecto tienen sus Padres Misioneros que mantienen con la reverencia debida".⁶⁰ La reiteración de los juramentos de lealtad y la pública confirmación del pacto colonial realizado por los costinos demostraba, una vez más, que los acontecimientos políticos de la frontera eran asimilados por los segmentos tribales de acuerdo a una percepción global, que desdoblaba los acontecimientos entre aquellos que tenían un origen tribal y los que se derivaban de la coexistencia fronteriza. De todos modos, no se podía obviar la íntima relación que existía entre ambos universos, constantemente permeados por los hechos que removían la vida cotidiana en villorrios y rehues.

El mismo Neculbud dejó entrever la disyuntiva que enfrentaba en aquellos días el butalmapu lavquenche, al manifestar que, debido a las confrontaciones

⁵⁹ Miguel Gómez a Jáuregui, 8 de octubre, 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁶⁰ Miguel Gómez a Jáuregui, 8 de octubre, 1774, *AGI, ACh*, 189.

entre los llanistas, arribanos y pehuenches, los jefes de la costa no se atrevían a atender el Parlamento General convocado por el gobernador Jáuregui. Si bien su interés era abogar por la paz, y, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse neutrales, los costinos temían verse envueltos en breve plazo en la sangrienta guerra tribal. El cambio se produjo con motivo de la visita realizada por el *werken* cholcholino Huentecura a los cacicazgos de la costa para informarles del estado de la guerra con Ayllapangui y demandar su apoyo. Como manifestara el cacique gobernador Neculbud al Comisario de Naciones, los costinos estaban plenamente informados de la guerra "que han tenido (los de Cholchol) con los Yndios de las reducciones rebeldes de los Llanos principalmente de Ayllapan, Curígueque, Llanquinao, Cheuquelemu y todo su butalmapu, habiendo ido estos a provocarlos en sus tierras con determinaciones de acabarlos con sus haciendas; y aunque les salió al contrario, pues fueron rechazados y muertos más de ciento y veinte de ellos en el lugar de la batalla, fuera de muchos más que mataron persiguiéndolos hasta Maquegua, no obstante han quedado unos y otros muy ensangrentados; y los de los Llanos, según le dijeron, con ánimo de proseguir esta Guerra, y los de Cholchol y sus aliados determinados igualmente de no parar hasta destruir a sus contrarios; a cuyo efecto pasan luego a la reducción de Maquegua, y recobrar sus haciendas que los de los Llanos les robaron. Que en esta inteligencia y en la de estar amenazado todo este Butalmapu de la Costa, ha venido dicho casique Huentecura animando a dicho Neculbud para que este, y Leviant el peguenche, les ayuden a la destrucción de estas reducciones rebeldes, saliendo igualmente por la espalda los de Cholchol, Puracaguin, Imperial Alta, Boroa, Repocura y demás reducciones de su parte a fin de aniquilar a sus contrarios".⁶¹

Si bien los costinos no se pronunciaban todavía con respecto a la alianza que les proponían los guerreros de Cholchol, la participación de los *lavquenches* en el parlamento general era casi imposible, mientras persistiera el peligro de una *mafoca* llanista contra sus asentamientos. Esta decisión de los costinos, dictada por razones de seguridad, entorpecía los planes pacificadores del gobernador Jáuregui, pero debía ser entendida en Santiago. Al fin de cuentas, en la medida que el propio representante del Rey había en más de una oportunidad manifestado sus intenciones de gobernar con iguales criterios tanto a chilenos como mapuches, su gobierno debía estar dispuesto a escuchar las representaciones de los súbditos indígenas. Dejando ver que este concepto del gobierno monárquico había echado raíces entre los costinos, Neculbud mani-

⁶¹ Miguel Gómez a Jáuregui, 8 de octubre, 1774, *AGI, ACh*, 189. Es importante subrayar la consistencia que tienen los testimonios transmitidos por los *werkenes*. También en Pedro Nolasco a Miguel Gómez, 8 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 257.

festaba en su comunicación: "Por cuyos motivos suplica dicho Governador y todos sus casiques se haga presente al señor Capitan General difiera el Parlamento hasta el año que viene por que en las circunstancias presente solo sería para muchos gastos, y de ninguna utilidad a la Paz, respecto a los Grandes alborotos que se han originado por los de los Llanos; y que estos es preciso se corten este verano para que después que hagan Parlamento en que permanezcan sus Tratados, pues mientras no se sujeten estos ladrones de los Llanos no podra haber paz perpetua y aunque estos la prometieran, es manifiesto faltarían a ella como lo han hecho desde el Parlamento General de Negrete, manteniéndose en sus continuos robos y rebeldías, alborotando esta Frontera, y procurando destruir todas las reducciones que permanecen sosegadas, y solo anhelando a los beneficios de la paz. Que por cuatro Yndios, como son los rebeldes respecto de las reducciones fieles, no se ha de vivir con los contrapesos que hasta aquí sin dejar de castigarlos, siendo tan manifiesta su obstinación. Que igualmente dicen le suplique al señor Capitán General que, como Padre que es de los buenos Basallos del Rey, se haga cargo de los justos motivos que tienen para no salir al Parlamento en estas circunstancias. Y que si dado el caso que Su Señoría no obstante lo dicho quiera hacerlo, saldrán desde luego algunos Casiques solo por cumplir obedientes porque el todo de ellos es imposible, y sería dejar sus familias y haciendas al manifiesto peligro de sus destrucción, pues aunque saliesen algunos Casiques de los rebeldes (que lo dificultan), dejarían sus campos (fuerzas) dispuestos para (que) mientras los de la Costa estuviesen en el Parlamento lograr sus depravados intentos que tienen manifiesto".⁶²

El argumento de Neculbud ciertamente justificaba la postergación del parlamento general. Pero si bien el cacique gobernador procuraba sustentar su discurso sobre los paradigmas del gobierno monárquico, no lograba eliminar en sus solicitudes la relevancia de asuntos puramente tribales; particularmente significativa fue su reticencia a convocar a los españoles a intervenir en las guerras internas, estableciendo un límite de los ámbitos que correspondían a cada sociedad, aun en los períodos de crisis; a esta reticencia debe sumarse la división que estableció entre los "caciques de paz" y los "capitanes de la guerra". Esta era una clara expresión de que el poder tribal no se fragmentaba sólo territorialmente entre los diversos linajes, sino también en un sentido vertical. Como se desprendía del discurso de Neculbud, de lo que se trataba era de fortalecer la autoridad de los caciques de paz, castigar a los segmentos rebeldes y aislar a Ayllapangui. Los werkenes de Cholchol se habían expresado en términos similares frente a Nolasco del Río. Durante la entrevista soste-

⁶² Miguel Gómez a Jáuregui, 8 de octubre, 1774, *AGI, ACh*, 189.

nida con el comandante del fuerte de Arauco, Huentecura manifestó: "que no es capaz haiga Parlamento como se debe mientras no se castiguen estas reducciones rebeldes, y que a este fin le concedan salga Leviant con sus jentes y las de esta costa por los llanos, y que ellos bajaran todos en su ayuda hasta destruir dichas reducciones rebeldes; pero que si no obstante esto se dispusiese Parlamento, que estos hallan muy dificultoso, (que) no podrán ellos salir a él, pues en su ausencia dicen les asolarían los dichos de los Llanos sus casas y haciendas, siendo esto lo que me han dicho, suplicándome que asi lo escriba a Su Señoría, como lo hago".⁶³

El Comisario de Naciones no desconoció los efectos positivos que tenía para su propia gestión el sangriento encuentro y la derrota de los llanistas orientales a manos de los de Cholchol, en la medida que ponía un freno a las malocas que los guerreros de Ayllapangui realizaban contra las estancias españolas de la isla de la Laja. Las observaciones de Gómez con respecto a los llanistas estaban inspiradas tanto por la realidad de la nueva guerra tribal, como por sus opiniones con respecto al universo indígena. En este último sentido, es interesante subrayar su visión crítica de la política de alianzas y compromisos fundada por Morales y que Jáuregui se esforzaba por consolidar. La opinión vertida por Miguel Gómez, un experimentado oficial fronterizo, cuyas conexiones con los caciques gobernadores eran solamente balanceadas por los estrechos contactos que mantenía con los oficiales del ejército, no dejaba de ser importante en la medida que su visión reflejaba el sentir de aquellos que formaban parte de uno de los grupos de poder que participaban activamente en el diseño de la política indígena. Manifestando que su gestión entre los costinos no había sido totalmente exitosa, Gómez apuntaba con ironía que quedaba "con el desconuelo de no poder cumplir según las piadosas intenciones de Useñoría por causa de dichas reducciones rebeldes, cuya gente veo enteramente obstinadas, y sin arbitrio (por mi parte) de su pacificación; conociendo que los favores que hasta aquí han recibido solo sirven para su maior insolencia y estar creyendo (como entiendo) que en todo tiempo se les hacen presentes aun quando prosigan con mayor rebeldía..."⁶⁴ Situado en el centro de las profundas discrepancias tribales que separaban a los cuatro butalmapus, el Comisario de Naciones identificó a los llanistas como el principal motor de las discordias. En su comunicación al gobernador, Gómez apuntaba que "por la carta, y manifiesto que acompañe a Useñoría de la ultima Junta que tuve en la Plaza de el Nacimiento con los caciques de aquel rebelde Butalmapu (Llanos), verá vuestra señoría que todas las respuestas de ellos

⁶³ Nolasco del Río a Sematnat, 3 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁶⁴ Miguel Gómez a Jáuregui, 8 de octubre, 1774, *AGI, ACh*, 189.

están respirando soberbia, y solo (a mi ver) provocando a la piedad de vuestra señoría, que solamente estos contradicen sus acertadas disposiciones a que todos los demás Casiques estan promptos a cumplir..."⁶⁵ En síntesis, de acuerdo al Comisario de Naciones, el principal obstáculo para restablecer la paz en la Araucanía era el toqui Ayllapangui.

5. LA ALIANZA COSTINO-PEHUENCHE CONTRA AYLLAPANGUI

La incesante actividad política que llevaban a cabo los guerreros de Cholchol, Imperial y Tromen para formar una alianza militar contra los arribanos, llanistas y pehuenches encabezados por Ayllapangui, alcanzó hasta el asentamiento costino de Lleu-Lleu, cuyo capitán de amigos se presentó a la plaza de Arauco a informar sobre estos asuntos al comandante de la plaza. Según su comunicación, el asentamiento de Lleu-Lleu fue visitado por los cinco werkenes de Cholchol, Imperial y Repocura, encabezados por Huentecura, que venían a dar cuenta de la batalla de Tromen y a pedir "licencia para hacerles guerra a los dichos Ayllapan, Cheuquelemu y Curigueque, y a todas las reducciones que estan unidos con estos, haciendo que igualmente concurran por su parte los Pehuenches en favor de los de Thromen al castigo de dichos reveldes..."⁶⁶ De acuerdo a Carvallo y Goyeneche, las victoriosas malocas de los conas de Thromen contra la gente de Llamuco llevaron al cacique Llanquinahuel a acudir al toqui pehuenche Leviant para conseguir el apoyo de los guerreros de la montaña. Esta información es aparentemente contradictoria, como lo probaron hechos posteriores. De todos modos, conviene subrayar el papel crucial que otorgaban a los pehuenches los dos bandos en disputa. Al respecto, los guerreros de Cholchol, Tromen, Repocura e Imperial Alta también consideraron a los pehuenches como sus aliados naturales en la guerra que sostenían contra los conas de Ayllapangui y Curigueque. Al respecto, el werken Huentecura pedía en la plaza de Arauco el 3 de octubre de 1774, "les concedan salga Leviant con sus jentes, y las de esta costa por los Llanos, y que ellos bajarán todos en su ayuda hasta destruir dichas reducciones rebeldes..."⁶⁷

Al parecer, los mismos werkenes se presentaron ante el comandante del fuerte de Arauco el 5 de octubre para denunciar "las extorsiones y malocas que recibían de los Indios de los Llanos con pérdidas de sus gentes y haciendas,

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ Pedro Nolasco, comandante del fuerte de Arauco, a Baltasar de Sematnat, 2 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁶⁷ "Declaración Jurada de Huentecura, 3 de octubre, 1774", *AGI, ACh*, 189.

atribuyendo todo porque en sus maldades no les querían acompañar; a lo que les respondí que ellos como fieles vasallos se mantuvieran quietos en sus tierras, y que no fuesen a buscarlos pero que si venían a sus Tierras a hacerles daño se defendieren y mataren a cuantos pudieran. Asimismo dijeron que sería muy conveniente de que el Señor Capitan General viniera a esta frontera para ver si podrían componer estos alborotos que hay..."⁶⁸ Con respecto a Leviant, los werkenes de La Imperial, Cholchol y Puracaguin manifestaron que corrían rumores que el cacique pehuenche "estava unido con el Casique Ayllapan, y que le hiciese al expresado Leviant llamar a ésta para averiguar lo cierto..."⁶⁹

A pesar de los rumores que corrían en la frontera respecto a una posible alianza entre Ayllapangui y el capitán cona, los pehuenches, Leviant y sus guerreros de Villucura estaban en aquellos días envueltos en otros negocios. De acuerdo al capitán de amigos Santiago Salazar, Leviant negociaba en Yumbel la liberación de un miliciano criollo amigo detenido. Sus conas, de otra parte, recogían coligües para renovar sus lanzas y en número de cien se encontraban aprestados de "lanzas y coletos" para salir a una maloca contra el "Cacique Maribilu Huillichí" y luego de allí pasar a las salinas.⁷⁰ Es imposible señalar si la expedición maloquera de los pehuenches era parte de la nueva era de violencia que se inició con la batalla de Tromen; pero, sin duda, los conas de la montaña se beneficiarían directamente de los acontecimientos que sacudían a la Araucanía, en la medida que los huilliches no podrían contar, como en el pasado, con el apoyo de los llanistas.

Ayllapangui, cuyas fuerzas salieron derrotadas en su enfrentamiento con los linajes meridionales, se vio forzado a emprender el camino de la maloca para reabastecer sus exhaustos *stocks* de ganados. Como manifestara el comandante del fuerte de Santa Bárbara a comienzos de octubre, el acoso de los arribanos le había obligado a mantener el ganado de la plaza "en corrales que he hecho dentro de la villa, y a todas las familias que se internan en la campaña les he mandado su retiro". Los llanistas, observaba el oficial, "no dejan paraje en estas inmediaciones que no corran haciendo casi intransitable el camino de aquí a Tucapel, pues todas las noches pasan a sus robos". Todos estos ladrones, observaba, "son de la parte de Ayllapan, pues de los peguenches puede Su Señoría tener la entera satisfacción de que no se experimenta en ellos el más mínimo daño". Obligado a mantener sus conas sobre las armas y a sus familias debidamente protegidas, Ayllapangui debía recurrir al robo, si bien ello significaba entrar en una espiral de violencia que le enfrentaba direc-

⁶⁸ Ignacio Peralta a Baltasar Sematnat, 6 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ Josef Félix de Aróstegui a Baltasar Sematnat, Santa Bárbara, 6 de octubre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

tamente con los hispano-criollos del reino; en esas circunstancias, el toqui pasaba por una fase que rayaba en la desesperación: presionado por sus enemigos, acusado de traición por algunos de sus aliados, desprovisto del apoyo de Antivilu e incapaz de abrir una brecha que permitiera a sus hombres maloquear a las estancias trasandinas, sobre el cacique de Malleco se alzaba lentamente una alianza de cacicazgos, cuyo poder no podía contrarrestar.

La nueva guerra tribal y el inevitable deterioro de las relaciones fronterizas con los hispano-criollos no tenían lugar sin impactar el desenvolvimiento cotidiano de la vida de los mapuches ordinarios. El cacique Cañuemanque expresó en una carta al comandante del fuerte de Santa Bárbara lo que quizás constituía la visión de la gente común de las guerras tribales. Al respecto, manifestaba Cañuemanque, "que está con mucho suicidio (miedo?) de ver el alboroto que tienen los yndios entre sí y que no sabe las resultas de este armamento; y que hallándose con mucho miedo le dé licencia para pasarse con su jente a Coinco=. Al que le he respondido no serme facultativa la concesión de esta licencia y que avisaré a Useñoría para que resuelva lo que tuviere por conveniente, añadiéndome más que respecto de estar tan viejo y estar este Balseadero malo se le permita pasar por el de Coinco, lo que igualmente le he negado".⁷¹

El cona Coliguala fue otro que logró dar testimonio de los azares que creaba la nueva guerra y las malocas fronterizas. En una declaración jurada hecha antes de morir en la horca, Coliguala proveyó un testimonio de las acciones que habían realizado los maloqueros desde 1772; allí se describe un cuadro tan rico de las relaciones intertribales, crímenes, abigeato y proezas individuales que afectaban a la frontera en aquellos días, que es conveniente citarlo completo:

"Declaración que hizo el Yndio Prisionero Josef Coliguala antes de morir en presencia mia, de el Comisario de Naciones, de el Theniente de Caballería don Francisco Bello, de el Capitán de Milicias don Ignacio de la Xara, y de el capitán de Amigos Santiago Salazar.= Dijo que había venido a pasar a este lado de el río con el Yndio Cayupi, y que los dos indios Navoco y Curilemu habían quedado al otro lado del Río a esperar estos lo que ellos robasen.= Que habiendo cojido cinco caballos de la Casa de el miliciano Bernardo Montoya se revolían cuando encontraron con el Piquete de Españoles: que el fue prisionero, y su Compañero huyó.= Que el Yndio Collipam criado de Guilchilav que vive en Cura en lo de el Casique Guinchagul mató al hijo de el capitan Xara y que su Compañero Cayupi mató al miliciano Torres.= Que Levinchir había venido a robar los caballos de el Capitan

⁷¹ *Ibid.*

de Amigos Zalasar, y que estos pasaban en poder de el Casique Millaburr.= Que el sólo había pasado dos veces a robar, pero que él y su Compañero eran los autores de todos los robos. Que vivía con el capitanejo Millalican, en Casa de el Casique Ayllapan, el que era sabedor de estos robos.= Que Ayllapan tenía una Junta en el Quepu de hoy en cuatro días para tener su gente prompta y junta para defenderse, por haber tenido un mensaje de los que querían ir a maloquear. Que él era de Regnaico y famoso por su valor, y que habiendo sido cogido durante la Guerra, y desterrado con los Yndios que enviaban al Callao, y a Juan Fernández, se huyó desde Peñuelas (que está cerca de Valparaíso) y se vino a su tierra por ser baqueano de todo el camino”.⁷²

La visita de Llanquinahuel a los pehuenches de Leviant fue reportada por el capitán de amigos a Carvallo y Goyeneche, entonces comandante del fuerte de Los Angeles. Este comunicó el hecho al maestro de campo Sematnat. De acuerdo a Carvallo y Goyeneche, Sematnat ideó un plan para deshacerse de Ayllapangui, sin intervenir directamente en la guerra y, lo que es más importante, sin dar noticia al gobernador Jáuregui. El maestro de campo, envuelto en las intrigas que sofocaban la vida fronteriza, comenzaba a convertirse en un protagonista más de los pequeños dramas que remecían a la sociedad penquista. El plan de los oficiales fronterizos consistió en convocar a Los Angeles al cacique gobernador Neculbud, para que solicitara a Leviant la formación de una alianza contra Ayllapangui y Llanquinahuel. “Avisado Lebian de la llegada de Neculbud a la plaza de mi mando –escribió Carvallo y Goyeneche– pasó a ella, y en mi casa hicieron memoria de la mutua alianza que las dos naciones tenían celebradas, y Neculbud hizo presente haber llegado de realizarla. Se tuvo sobre este negocio una larga conferencia y Lebian se convino a dar un golpe de mano al toqui Ayllapangui, pérfido aliado de Llanquinahuel, dándole yo paso franco por el Bio-bio... acordamos, que sin pedir permiso a la Comandancia Jeneral de la Frontera, pasase y repasase el Biobio, siendo de mi cargo no hacer novedad en ello”.⁷³

La conspiración fraguada por Sematnat, Carvallo y Goyeneche, Leviant y Neculbud contra Ayllapangui tenía aún que ser sometida a la decisión de los caciques pehuenches, quienes también debían debatir la petición de auxilios presentada por Llanquinahuel. En la junta de “caciques, capitanes y ancianos” pehuenches de Lolco, se debatieron ambas posibilidades y se acordó mayoritariamente prestar auxilios a Llanquinahuel y vengar de ese modo la muerte

⁷² “Declaración del Yndio Josef Coligualla, Santa Bárbara, 20 de octubre de 1774”, *AGI, ACh*, 189.

⁷³ Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, 386.

del cacique pehuenche Huignir, antiguo aliado de Ayllapangui. Esta decisión fue influida por el discurso que pronunció en el curso de la asamblea el anciano Pichuncura, el cual fue reproducido por Carvallo y Goyeneche. Haciendo gala de las notables cualidades oratorias de los épicos guerreros de antaño, Pichuncura se dirigió a los hombres que componían el liderazgo de la tribu y les habló con sabiduría:

“Valerosos capitanes, yo jamás podré explicaros bien la satisfacción que me ha recrecido el motivo de esta junta. Ella me orienta del elevado concepto en que os tienen nuestros vecinos y me hace conocer con suma complacencia mía que todos a porfía pretenden teneros de su parte. Los españoles solicitaron siempre nuestra amistad porque siempre temieron el poder de nuestras armas. Ahora quieren teneros de su parte los valerosos araucanos, cuya fama se ha difundido por todas cuantas partes registra el sol. Los llanistas tres veces vencidos por Malliqueupu, libran en vuestro valor la recuperación de su Estado que ya lo miran moribundo y casi desolado. Esta satisfacción sube tanto de punto la opinión de vuestro valor que os hace superiores a todos los esforzados capitanes de las naciones que suspiran por nuestra alianza. Este conocimiento no se puede esconder a vuestra penetración y cuanto debe empeñaros en mantener esta reputación, tanto más debe alejaros del pensamiento de aventurarla cuando no lo exigen nuestros propios intereses. Yo veo que os habeis dejado seducir de una lisonjera satisfacción y sin consultar a los inevitables peligros de vuestra inconsideración, votásteis una guerra que nada os interesa y que indispensablemente debe traer la ruina de nuestro poder. El maestre de campo y el comandante de la plaza de los Angeles se interesan en que tomeis partido, y esto mismo debió ponerlos en justo recelo de la utilidad de este negocio. Yo os lo haré ver. Declaraos por cualesquiera de los dos partidos. No quiero que séais vencidos ni debo persuadirme esta desgracia de vuestro valor tantas veces acreditado; quiero suponeros vencedores. Los laureles de la victoria no se consiguen sin regarlos con alguna sangre que debilitaría las fuerzas que hoy nos hacen respetables. También quiero concederos que alcanceis la destrucción de los enemigos. En la ruina que les inferis debeis conocer que haceis contra vuestros mismos intereses. En este caso no sólo desembarazais a los españoles de los enemigos que ocupan una gran parte de sus cuidados sino que los poneis en estado de no necesitaros, y aún en proporcion de obrar contra nosotros. Pongámonos en la desgracia de ser vencidos. Ello es posible, porque es condición de la guerra que en las batallas tenga mucha parte la inconstante caprichosa fortuna que suele distribuir las victorias a su antojo. En este caso sufrireis una completa derrota por las dificultades de una buena retirada con el Biobio de por medio, y seremos el ludibrio de los españoles, que viéndonos indefensos nos sujetaran a las leyes que quieran imponernos. Ya os puse a la vista y bien de bulto los inconvenientes de la guerra, en que sin necesidad quereis empeñaros. Cumplí

con mis deberes, y es cuanto puede hacer un anciano cargado de experiencias. Ahora toca a vosotros, hasta aquí invencibles capitanes, conferir sobre mis reflexiones i decidir con mejor acuerdo en asunto de tanta gravedad".⁷⁴

El discurso de Pichuncura –por sobre las distorsiones que causa la transcripción realizada por un sujeto tan tendencioso como era Carvallo y Goyeneche– permite reconstituir la serie de dilemas que enfrentaban los pehuenches a causa de las demandas que ejercían sobre ellos sus aliados y enemigos. Haciendo uso del prestigio que le otorgaba su experiencia, el lonko pehuenche describió con acertada claridad los peligros que presentaba para su tribu su incorporación a la guerra, particularmente si lo hacían como brazo militar de uno de los bandos que se disputaban el poder tribal en la Araucanía. Su condición de tribu independiente les permitía realizar todo tipo de alianzas, e incluso convertirse en mercenarios a través de la frontera; pero los intereses inmediatos de los pehuenches, motivados por el afán de gloria y botín, no debían opacar la importancia de los objetivos de larga duración. En medio de tantas convulsiones y acosada por todos sus costados, la tribu debía sobrevivir. Por sobre todo, la ambición por adquirir mayor prestigio militar, en última instancia, debía ser sofocada, porque el poder acumulado sólo encerraba el peligro potencial de la guerra. En una frase dirigida a los capitanejos liderados por Leviant, el viejo lonko pehuenche sintetizó con pocas palabras el drama político crucial que enfrentaban capitanes y conas. Refiriéndose al reconocimiento de su valor y habilidad militar por amigos y enemigos provenientes de los cuatro butalmapus, Pichuncura observó: "Este conocimiento no se puede esconder a vuestra penetración i cuanto debe empeñaros en mantener esta reputacion, tanto mas debe alejaros del pensamiento de aventurarla cuando no lo exigen nuestros propios intereses".

Pichuncura pronunció ante los capitanes pehuenches no sólo una arenga, sino que también hizo una reflexión profunda de lo que era la médula de la filosofía política tribal: si se tenía poder, éste debía ser ejercido con moderación. La esperada oportunidad de barrer con sus enemigos de Malleco, Chacaico y Quechereguas, respaldados por una poderosa confederación militar formada por llanistas, costinos y contingentes hispano-criollos, debía ser desechada, porque la derrota de los enemigos encabezados por Ayllapangui podía eventualmente significar la derrota de toda la etnia. La victoria en una batalla solamente engendraba futuras derrotas, porque el triunfo multiplicaba enemigos; ése era un fenómeno cíclico que, a no ser que se rompiera la cadena nefasta introduciendo una nueva forma de equilibrio, se transformaba en un

⁷⁴ *Ibid.*, 387.

mal crónico y endémico. Los pehuenches tenían en sus manos la balanza de poder, y de ellos dependía la paz o la guerra. La lucha por el poder no debía consistir en buscar el poder para sustentarlo, sino para destruirlo: el hombre de más poder era aquel que menos lo ejercía. El "éxito" no consistía en la muerte del enemigo, ni en la acumulación de riquezas ni en el ejercicio exclusivo de la autoridad, sino en la creación de consensos que permitieran restaurar el equilibrio militar; por sobre todo, se trataba de controlar las fuerzas desatadas por las expectativas políticas de los jefes y las ambiciones territoriales de los linajes que tendían a debilitar la cohesión interna; para ello se debían continuamente fortalecer los mecanismos e instituciones que permitían reproducir las bases materiales que hacían posible la autonomía social. La ruptura de la delicada balanza de fuerzas que conllevaba la derrota de un segmento tribal, podía eventualmente significar para todos los butalmapus una derrota total, simplemente porque las luchas y disputas recrudecerían hasta llenar el vacío dejado por los vencidos.

Leviant y sus capitanejos entendieron bien el discurso de Pichuncura. Como se desprende de una carta enviada por el capitán cona pehuenche al embajador de esa nación en Santiago, la decisión de las castas militares fue optar por la paz. Refiriéndose a sus enemigos llanistas, Leviant escribió a Lipiñamcu: "Por mi parte, deseo abrazarles con el brazo derecho, y beber las aguas cristalinas procedidas de una perpetua y tranquila paz, arrimando las armas que no sirven de más que de aniquilar a los de nuestra misma especie, durmiendo con reposo en nuestras casas y mantener con quietud nuestras mujeres e hijos y haciendas..."⁷⁵ La decisión de los capitanes pehuenches de "arrimar las armas" eliminaba el peligro de una guerra fratricida y generalizada, pero no conseguía abatir los ánimos de los llanistas. En ese sentido, el hecho más crucial fue el traslado de Jáuregui a Concepción. Instalado provisionalmente en la ciudad, el representante del monarca continuó la política de pacificación y compromiso iniciada por su predecesor Morales e intervino directamente en los conflictos tribales. Para este efecto, comisionó a los caciques de las reducciones fronterizas de Santa Fe, Santa Juana y San Cristóbal para que mediaran en la guerra llanista y convocaran a los butalmapus a un nuevo parlamento con las autoridades del reino.

Paralelamente, Jáuregui comisionó al comandante general de caballería Ambrosio O'Higgins para que viajara a los asentamientos fronterizos a poner fin a la violencia y a convocar a llanista y costinos a parlamento. En sus instrucciones, el gobernador le ordenaba que se dirigiera a la plaza de Nacimiento a entrevistarse con el Comisario de Naciones Miguel Gómez, quien le

⁷⁵ Leviant a Lipiñamcu, 25 de noviembre de 1774, *AGI, ACh*, 189.

informaría sobre el ánimo con que se encontraban los caciques seguidores de Ayllapangui respecto a celebrar un parlamento general en Tapihue. A este cacique, manifestaba Jáuregui, convenía invitarlo a la plaza de Nacimiento, bajo excusa que el gobernador se encontraba ya en la frontera. Allí se le informaría que el gobernador había fijado fecha y lugar para el parlamento, y que aquellas naciones que se negaran a atender "los tendría y trataré como enemigos declarados, e Ynfieles vasallos de el Soberano".⁷⁶ Se le informaría, además, a Ayllapangui que la fecha y el paraje no serían cambiados y que no se esperaba causar nuevos y crecidos gastos al gobierno. Una vez que se hubiera realizado la entrevista con Ayllapangui, Jáuregui instruía a O'Higgins que enviara al Comisario de Naciones y los capitanes de amigos a sus respectivas reducciones para escoltar a los caciques y mocetones a Tapihue. Haciendo especial hincapié en el complicado protocolo tribal, Jáuregui apuntaba: "Tendrá particular cuidado en que no se altere el metodo acostumbrado para la convocatoria de dichos casiques, por medio de sus Gobernadores o Principales de cada Butalmapu, a los que se dirijiran juntamente mensajes..."⁷⁷

Interesado en componer las disputas que separaban a Ayllapangui de los demás caciques, Jáuregui instruía a O'Higgins que le hiciera saber "que en mi presencia y con mi intervención se han abrazado y hecho las amistades los Casiques de la Imperial Alta, don Felipe Quidecoyan, y don Juan de Ancaguir de Cholchol, don Francisco Culacoyan de Boroa, don Joseph Nancucho de Puracague, don Francisco Guentequen y de Cura don Pasqual Curilabquen, con los embajadores; y que es preciso que ellos den pruebas de lo mismo, y no piensen por sus Persona ni las de sus mosetones, tener más Guerra ni causarse el menor daño, ni perjuicio y mucho menos durante la ausencia al Parlamento, que he dado mi palabra de castigar a los que tal hicieren, y no apartarme de la Frontera, hasta ver castigados a los que se atreviesen a no obedecer mis prevenciones..."⁷⁸

La hábil maniobra llevaba a cabo por Jáuregui de reunir a los representantes de los butalmapus llanistas fronterizos con los principales caciques de los cholcholinos y boroganos y pactar una tregua entre ellos, se insertaba en los mecanismos tradicionales sancionados por el *admapu* de eliminar por la mediación las disensiones que surgían en el seno de las tribus. El uso que el gobernador dio a los caciques embajadores fue ciertamente inspirado tanto por su conocimiento del *admapu* como por su propio interés por consolidar la autoridad de la nueva institución. En ambos casos, quedaba nuevamente en

⁷⁶ Jáuregui a O'Higgins, 19 de noviembre, 1774, AGI, ACh, 189.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Ibid.*

evidencia su concepción pragmática del quehacer fronterizo. Más que sacar provecho de las debilidades que generaban las guerras internas entre las tribus del sur, el agente borbón fortalecía los compromisos. En una carta enviada al Secretario del Consejo de Indias el 25 de noviembre de 1774, el gobernador Jáuregui describía los felices frutos de su gestión pacificadora: "Según las parlas que he tenido con los caciques de varias reducciones en los días dieziocho, diez y nueve y veinte y uno, me persuado se dará principio al parlamento general... por haber allanado las diferencias que tenían los indios de la Imperial de la Costa con los Llanistas y consiguiendo que en mi presencia ofreciesen mutuamente la paz entre ellos y no tener mas guerras, franquearse los caminos nuestros a otros Butalmapus y parcialidades y vivir hermanablemente sosegados en sus tierras, en que acababan de experimentar muchos perjuicios los de la referida Imperial y Costa, quienes en defensa de sus acciones habían muerto más de cuatrocientos de los mencionados Llanistas y Guilliches agregados para esta maloca, que importa lo mismo en su inteligencia que robar y matar, con lo que se destruyen y aniquilan, resultando de la demasiada pobreza en que quedan que se internen en tierras y haciendas de españoles..."⁷⁹

El gobernador tenía suficientes razones para congratularse. Aparentemente, la amenaza de la feroz guerra tribal que se cernía sobre la Araucanía parecía haber sido sofocada; las fuerzas movilizadas para el enfrentamiento comenzaban a menguar en sus ímpetus bélicos, mientras sus líderes de paz y los embajadores gestionaban una tregua que aparecía legitimada por la principal autoridad del reino. Ayllapangui y sus hombres de otra parte parecían estar aislados y divididos, expuestos a la furia de una alianza intertribal de proporciones desconocidas hasta allí en las tierras mapuches. No menos importante era la posición de autoridad en que quedaba el propio Jáuregui, principal arquitecto de la nueva paz tribal. "He apremiado los arbitrios y mis esfuerzos para contenerlos, establecer también entre ellos la paz y hacerles comprender en lo que les importa su quietud y dedicación al trabajo en lo que cada uno posee para la mantención de sus mujeres, hijos y familias, sin quitar a los de otras reducciones lo que gozan y adquieren con sus labores..."⁸⁰ Inesperadamente, Jáuregui proporcionaba el elemento catalizador que permitía restaurar el equilibrio sin que los protagonistas de los enfrentamientos fuesen humillados o sufriesen un desmedro: el delicado balance entre los segmentos sociales había sido restaurado sin disparar un tiro. La gestión del gobernador fue justamente ratificada en esos días por una real cédula, en la que se aprobaba la designación de los

⁷⁹ Jáuregui a Arriaga, 25 de noviembre de 1774, *MM*, 192, f. 247. También en *AGI, ACh.*, 189.

⁸⁰ *Ibid.*

caciques embajadores. En su comunicación, el ministro Arriaga apuntaba que había sido "aprobado por el Rey el pensamiento de que residan en esa Capital los Yndios en calidad de Embajadores de las Parcialidades de Arauco, Angol, Colgue y Peguenches, con las familias, mocetones, capitanes, tenientes, cavos y soldados de amigos, en los términos que se manifiestan en los autos, y la carta de Vuestra Señoría de 3 de junio de este año. Me manda Su Majestad se lo prevenga, y que los costos que causen en su subsistencia hayan de librarse del Ramo de Agasajos, o en defecto del caudal de Real Hazienda, sin suprimir las plazas del Batallón que propone".⁸¹

La derrota militar de Ayllapangui y sus aliados en Tromen y el surgimiento de la alianza entre los llanistas meridionales, costinos y pehuenches, pusieron en serio peligro el desenvolvimiento de la estrategia política del toqui de Malleco. A estos fracasos se sumaban tanto las muertes de Huignir y Antivilu y de más de 300 guerreros, como las disensiones que cundían en su campo; su fino trabajo de acomodo y manipulación se enfrentaba a un concierto de obstáculos. La débil posición de Ayllapangui fue agravada a causa del exitoso proceso de negociaciones iniciado por Jáuregui y sus colaboradores para realizar un parlamento general. La respuesta positiva que los caciques gobernadores de los cuatro butalmapus dieron a esta iniciativa, significaba que la lucha por el poder y el conflicto tribal se trasladaba del frente militar al escenario político. Tradicionalmente, los parlamentos fortalecían el prestigio y autoridad de los caciques de paz, lo que auguraba una nueva derrota para el toqui de Malleco y las castas militares de Araucanía y las Pampas.

⁸¹ Arriaga a Jáuregui, Madrid, 7 de diciembre de 1774, *CG*, 764, ff. 21-22.